

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

EL NUEVO EDEN

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

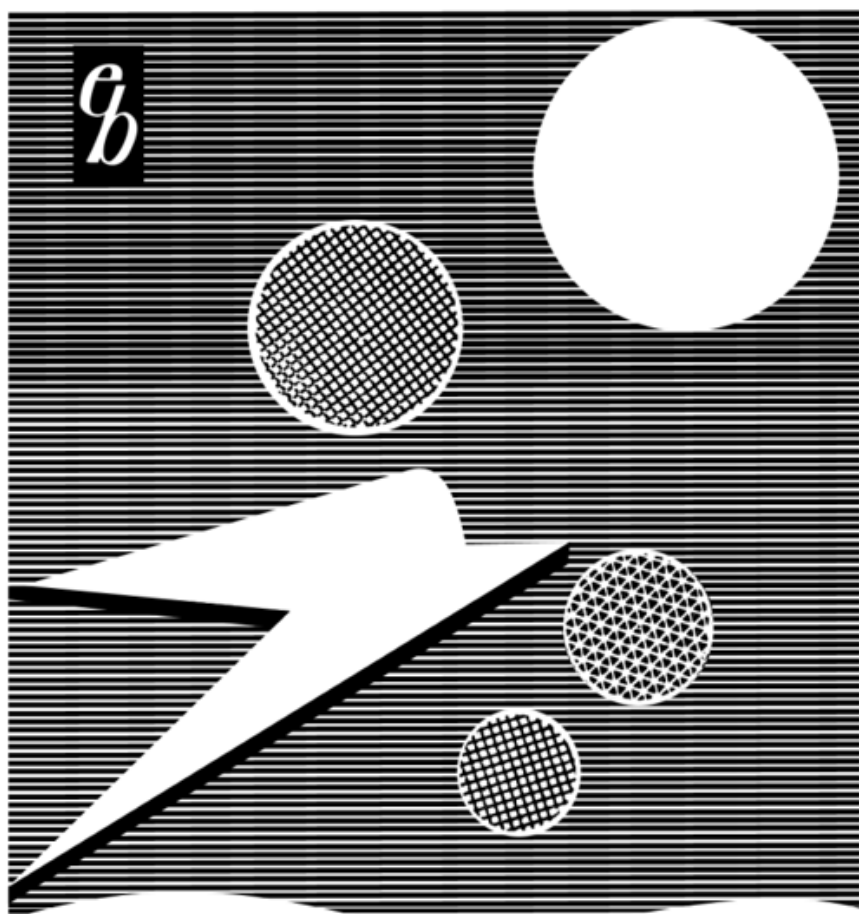
EL NUEVO EDEN

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA
COLECCIÓN

1. — *¡¡Explosión!!* — Glenn Parrish.
 2. — *Ataúd para un robot* — Adam Surray.
 3. — *Megasistema* — Clark Carrados.
-
1. — *El pozo máximo* — Glenn Parrish
 2. — *Especial, Espacio 12'30* — Marcus Sidereo.

CLARK CARRADOS

EL NUEVO EDEN

Colección

LA CONQUISTA DEL

ESPACIO n.º 255

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.115-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1975

© Clark Carrados - 1975

texto

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de

EDITORIAL

BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2.

Barcelona (España)

Todos los personajes y
entidades privadas que
aparecen en esta novela,
así como las situaciones
de la misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor,
por lo que cualquier
semejanza con
personajes, entidades o
hechos pasados o
actuales, será simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial
Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

El Qrill estaba allí, agazapado detrás del enorme montón de rocas, que parecían los salientes dedos de una docena de manos que

estuviesen escondidas en la arena. Los dedos, gigantescos, muy apiñados, alcanzaban en ocasiones los cuarenta y aun cincuenta metros de altura. Detrás, al otro lado, estaba el Qrill.

Oculto, agazapado, dispuesto para matar, listo para defender cara su vida... para destruir cruel y despiadadamente las de los demás.

Tras un peñasco de poco más de metro y medio de altura, Sett Lang juraba entre dientes, mientras el tórrido sol que alumbraba el mundo en que se hallaba parecía ir a derretirle los sesos de un momento a otro. Su pistola solar estaba recargándose, en el suelo, con la diminuta antena captora de las radiaciones orientada al astro que fulgía implacable en el cielo, pero hasta que no pasara un cuarto de hora al menos, no podría contar con el arma, descargada por sí sola en una avería inesperada que Sett no había podido prever.

Cuando el arma hubiese recibido su dosis completa de radiaciones solares, podría realizar un centenar de disparos antes de necesitar recarga. Y cada uno de aquellos disparos era suficiente para reducir a la nada a uno de aquellos monolitos graníticos que se alzaban como una barrera infranqueable entre él y el Qrill.

La pistola solar no se podía utilizar en tanto no estuviese completamente cargada. Sus delicados mecanismos eran ahora un montoncito de acero, vanadio y los inútiles circuitos de funcionamiento. El arma sólo servía en aquellos momentos para arrojarla a la cabeza de algún animal menor. Pero no había animales menores a la vista.

Sett y el Qrill estaban solos.

Probablemente habría regiones verdes y fértiles en aquel planeta. Sett no lo sabía aún. Había recibido una orden y la tenía que cumplir. El cumplimiento de la orden debía realizarse precisamente en aquel paraje, un desierto comparado con el cual, los antiguos desiertos terrestres del Sahara, Kalahari o Mojave eran vergeles paradisíacos.

El Qrill podía atacar en cualquier momento. Sett moriría irremisiblemente. «Maldita avería...», gruñó entre dientes.

De no haber sido por el inoportuno contratiempo, el Qrill estaría ya muerto y él libre de todo peligro. Se preguntó por qué había que eliminar a un ser que parecía vivir cómodamente en aquella ardiente región. No atacaría a los pobladores que viviesen en regiones menos inhóspitas, calculó. En zonas templadas, los animales peligrosos solían ser más pequeños y fáciles de combatir. Total, con no poblar el

desierto...

Consultó el reloj. Doce minutos largos para que la carga estuviese completa.

—Y aún he tenido suerte de dar con un sol tipo Tierra —murmuró.

Con otra clase de estrella, su pistola solar no hubiera podido ser recargada.

De repente se le ocurrió una idea.

—¡Pero si tengo un arma estupenda!

Descolgó de su hombro aquella extraña pistola, con culatín plegable, y dio el contacto a la batería. Un pequeño cable partía de la empuñadura y llegaba por un auricular a su oreja izquierda.

La psicopistola podría crear imágenes que engañasen al Qrill. Si lo alejaba de aquel lugar, sus posibilidades de supervivencia habrían aumentado considerablemente.

Apuntó con el arma a cien metros. Un hombre, idéntico a él, apareció sobre el suelo calcinado, más lejos de los monolitos, de modo que el Qrill tenía que verlo a la fuerza. El hombre echó a correr desesperadamente. Un largo tentáculo de color anaranjado partió disparado hacia el fugitivo, pero se retiró antes de darle alcance.

Sett maldijo entre dientes. El Qrill se había dado cuenta de su argucia. El intento de engañarle no había servido para nada.

Una vez más miró su reloj. Ocho minutos, cuatrocientos ochenta largos segundos antes de que la pistola solar estuviese en condiciones de...

De repente, en el interior de su cerebro, percibió una voz perfectamente inteligible:

—¿POR QUE QUIERES MATARME?

Pasaron algunos segundos antes de que Sett llegase a la conclusión de que el Qrill era un ser inteligente. No obstante, quiso cerciorarse y, alzando la voz, preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy el ser a quien persigues, el «animal» a quien un orgulloso individuo con tu figura dio el hombre de Qrill. ¿Por qué quieres matarme?

Sett frunció el ceño. Si el Qrill era un ser inteligente, y ya no cabía la menor duda, sus intenciones no parecían ser hostiles, pese a que en una ocasión hubiera matado a un humano.

—Lo siento, me dieron órdenes —dijo Sett.

—¿Quiénes?

—No sé si lo entenderás... ¿De veras eres tú el ser que está al otro lado de esos monolitos de piedra?

—Sí. Habito aquí desde hace miles de años. Este lugar es mío. ¿Por qué echarme de aquí? Si tú vives en un sitio y alguien viene a echarte, sin motivo alguno que lo justifique, ¿no tratarás de defenderte por todos los medios a tu alcance?

Sett empezó a pensar. ¿Por qué no establecer un armisticio? Empezaba a darse cuenta de que estaba vivo por mera benevolencia del Qrill.

—Oye —llamó, pasados unos instantes.

—Dime.

—Hablemos en paz. Voy a salir de aquí. Llevaré las manos en alto. Sin armas. Tú eres infinitamente más poderoso que yo. Si aprecias maldad en mis intenciones, mátame.

—No te haré daño —aseguró el Qrill.

De pronto, por el espacio situado entre dos de aquellas altas columnas de granitos, surgió una serpiente cilíndrica de color anaranjado. Sett avanzó no muy seguro de sí mismo, aunque confiaba en la palabra que le había dado el ser.

La serpiente se detuvo y ascendió en ángulo recto. A dos metros del suelo, se dividió en dos ramas horizontales. En cada una de las

ramas apareció un ojo humano, de unos cuarenta centímetros de diámetro.

Sett respingó.

—Me estás observando —dijo.

—Sí, con un sentido de la vista idéntico al tuyo. Eres muy pequeño... ¿cómo te llamas?

—Sett. Estoy en tu poder. Haz de mí lo que quieras.

—Repito que no te causaré daño. Soy... somos pacíficos.

—¿Cómo? ¿No eres el único? —se asombró Sett.

—Somos muchos y somos uno solo. Vivimos aquí pacíficamente. No dañarnos a los seres vivientes. ¿Por qué exterminarnos?

—Verás, Qrill... Si no te importa, usaré ese nombre.

—No, no me importa. Sigue.

—Bueno, en mi catálogo de planetas susceptibles de colonización figura éste con el nombre de S-Mon-10. Antes que yo, vino otro explorador. Te encontró e informó de tu presencia. Dijo que eras peligroso. Su muerte confirmó el informe.

—El me atacó. Yo me defendí.

—Sí, ahora lo veo. —Sett sentía que los ojos que flotaban en el aire, a dos metros del suelo, sostenidos por sendos pedúnculos, de dos centímetros de diámetro, le escrutaban constantemente—. Yo soy un buscador de planetas con posibilidades de colonización. Me atengo a una disciplina y cumplo las órdenes que me dan. Siento lo ocurrido.

—¿Me habrías matado, de haber tenido disponible tu arma?

Sett se sintió incómodo.

—Te ruego me disculpes. Tengo la impresión de que eres muy inteligente. Procura comprenderme —dijo.

—Está bien. Quieres saber si S-Mon-10 es habitable, ¿no es así?

—Ciertamente —contestó el buscador de planetas.

—Hacia el Sur hay tierras verdes, fértiles. Allí pueden vivir cientos de millones de seres como tú. Pero nadie vendrá a mi zona.

—Daré mi informe en ese sentido —prometió Sett—. De todos modos, éste es un lugar poco agradable para vivir.

—A nosotros nos gusta, Sett.

La mirada del terrestre se paseó por los alrededores. Nada, ni un insecto, ni una planta, la más absoluta aridez, la desolación absoluta...

—Pero ¿cómo podéis vivir aquí? —exclamó.

—El suelo nos proporciona sustancias minerales nutritivas. Es todo lo que necesitamos —dijo el Qrill.

—Ah, ya, un metabolismo basado en el silencio.

—Sí.

—¿Cómo sabes...?

—Leo en tu cerebro. En un instante, he averiguado todo lo que se refiere a esa frase que acabas de pronunciar.

—Está bien. Me iré de S-Mon-10. Diré que accedes a que habitemos este planeta, con la condición de que te dejen la zona desértica. ¿Te parece bien?

—Perfectamente.

—Quisiera pedirte una cosa, Qrill.

—¿Sí?

—¿Puedo... puedo verte por completo?

—Claro, hombre. Sett suspiró.

—También sabes que soy un hombre —dijo.

—Lo has pensado más de una vez.

—Sí, es cierto. No quisiera haberte herido...

—No tiene importancia. Anda, avanza. Sett echó a andar. El tentáculo con los ojos retrocedió.

Momentos después, estaba al otro lado de los monolitos.

Entonces vio una enorme masa de color naranja vivo, que se agitaba suavemente, con rítmicas ondulaciones en su superficie. Sett calculó el volumen del Qrill en unos quinientos o seiscientos metros cúbicos.

—No te parezco agradable, ¿verdad? —dijo el Qrill.

—Lo siento. Te miro con ojos... terrestres.

—Ibas a decir «humanos», pero has rectificado a tiempo. Me agrada. Si se es inteligente, se es también humano, independientemente de la forma externa.

—Estoy de acuerdo contigo. Bien, creo que debemos separarnos. Pero antes me gustaría saber una cosa.

—Habla —invitó el Qrill.

—Antes has dicho que sois muchos y uno a la vez... ¿Cuántos eres en estos momentos?

—Podría decirse que todos. En estos momentos, nos sentimos mejor congregados en un solo cuerpo. Vosotros .mismos, en infinidad de ocasiones, ¿no os congregáis en lugares de reunión que llamáis ciudades? No hay ser inteligente que no tenga un mínimo instinto gregario, puesto que ello sucede también en las especies no pensantes. Esta es «nuestra» ciudad, Sett.

—Sí, ya veo. Qrill, te diré algo con toda sinceridad: me alegro de no haberte hecho daño. Me alegro de ser tu amigo.

A Sett le pareció percibir una silenciosa sonrisa en el interior del cerebro.

—Yo también soy tu amigo. Llámame, si un día me necesitas —dijo el Qrill.

—Pero si estoy muy lejos de aquí...

—Un Qrill irá a ayudarte.

Sett pensó que los poderes del Qrill debían de ser muy grandes, cuando hablaba de semejante manera. Pero, al mismo tiempo, se percató de que el Qrill tenía un más que notable sentido de la autolimitación. Y así supo que estaba vivo porque el Qrill lo había

querido.

—Gracias —dijo—. ¿Bastará que lo piense para que tú recibas mi llamada?

—Sí, pero sólo en caso de auténtica necesidad.

—Descuida. Gracias por considerarme tu amigo.

Del tentáculo que sostenía los ojos, partió otro en dirección horizontal, a poco más de un metro del suelo. El extremo de este nuevo tentáculo se convirtió de pronto en una mano humana.

Sett entendió el sentido de aquel gesto y estrechó la mano que se le tendía. Nadie habría dicho que no era la mano de un terrestre: fuerte, vigorosa... y sincera.

«Un ser con un polimorfismo total», pensó.

—Sí —corroboró el Qrill.

La mano se retiró. Los ojos desaparecieron.

Y Sett, satisfecho, aunque sabiendo que iba a enfrentarse con una situación difícil, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a su astronave.

CAPITULO II

INFORME DEL EXPLORADOR-BUSCADOR DE PLANETAS.

SOBRE EL ASTRO DENOMINADO S-MON-10.

El planeta S-Mon-10, supuestamente habitado por un ser hostil, al que era preciso destruir, según orden CU. 19, de esa Jefatura de Exploración Planetaria, no ha podido ser cumplimentado por las siguientes causas:

1. a: El ser hostil, denominado Qrill por su descubridor, Rene Lapage, número E-009, 2.a categoría, es inteligente y polimórfico. Su inteligencia, repito, está fuera de toda duda y alcanza un nivel muy superior al de cualquier humano terrestre, por lo que el Qrill debe tener la misma consideración que un humano terrestre.
2. a: El Qrill pudo haber matado al informante y no lo hizo, antes al contrario, se mostró amistoso y cooperador.
3. a: El firmante estableció un pacto con el Qrill, por el cual éste permite el establecimiento de colonias al sur del desierto habitado por el ser mencionado. Este desierto quedará exclusivamente de su propiedad, sin que ningún terrestre pueda ocuparlo bajo ningún motivo. Todas las demás zonas de S-Mon-10 son susceptibles de habitabilidad y colonización.

INFORME ADICIONAL:

El firmante declara que el descubridor Lapage fue muerto por el Qrill, en un acto de legítima defensa. Lapage atacó y fue atacado. El Qrill no es hostil. Sólo desea paz en su zona de habitat.

RECOMENDACION FINAL:

Si se cumplen las condiciones expuestas, no habrá problemas cuando se inicie la ocupación de S-Mon-10.

Firmado: *Sett Lang.*

* * *

DECISION DE LA JEFATURA DE EXPLORACION PLANETARIA,
EN RELACION CON EL INFORME DEL E-B SETT LANG.

1.º: Destitúyase al E-B Sett Lang por incumplimiento de las órdenes recibidas, desposeyéndosele de todos sus grados, honores y prebendas conseguidas hasta el momento, con nota deshonrosa en su expediente personal.

2.º Por el personal que designe la Sección de Operaciones, procédase a la destrucción del ser denominado Quill.

Firmado: *U. Niddus*,

JEFE EXPLOR. PLANET.

* * *

Sett recibió una copia espaciostática de la Jefatura de Exploraciones Planetarias. No le extrañó en absoluto. Ulysses Niddus era hombre que no toleraba desobediencias. Tampoco le importó; empezaba a estar harto del empleo.

Nunca había tenido la facultad de tomar decisiones de acuerdo con las circunstancias. Siempre pensó que un explorador-buscador debía de poseer cierta autonomía. Cuando fue a S-Mon-10 lo hizo en cumplimiento de una orden, pero ahora no se arrepentía de haber desobedecido tal orden.

Lo que sí ignoraba era la decisión final de Niddus. En el comunicado recibido, sólo se hacía mención de su destitución. Ahora bien, había algo que no podían, quitarle. Se alegró de que la orden de destitución no mencionase aquel detalle.

El cese le llegó a pocos cientos de millones de kilómetros de la superficie de S-Mon-10. No se inmutó siquiera. Había pensado volver a la Tierra, pero desistió por el momento.

Berkus estaba mucho más cerca, sólo a cuatro o cinco días luz. Podía llegar en un par de semanas de tiempo normal. Allí descansaría

y empezaría a pensar en el rumbo definitivo de su vida. A los treinta y cinco años, era hora ya de orientar el futuro de un modo seguro.

Podía haber llegado a Berkus en unas pocas horas, pero prefirió descansar. Después de recibir la notificación de cese, cortó los motores normales. La nave volaría a Berkus por el impulso recibido después del despegue de S-Mon-10.

Durante unos días, se dedicó exclusivamente a un des canso activo: nada de estudio —un explorador-buscador de planetas debía estudiar continuamente o no podía progresar en su carrera—, nada de actividad intelectual. Relajación de mente y ejercicios gimnásticos, largos sueños y alimentación conveniente.

Así pasó la primera semana. Al empezar la segunda a mitad de camino, captó una llamada de socorro:

—Por favor, si hay alguna nave en las inmediaciones a menos de seis horas luz de distancia... hagan el favor de acudir lo más pronto posible... Estoy desangrándome... Una compuerta se ha cerrado bruscamente y me ha seccionado... la pierna izquierda...

La voz, de mujer, calló un instante, mientras Sett notaba que los pelos se le ponían de punta.

—Trato de contener la hemorragia... pero necesito que me ayuden a llegar pronto a un hospital... Creo que voy a perder el conocimiento...

—¡Coordenadas, por favor! —gritó Sett—. Creo que estoy en condiciones de socorrerla...

—Sesenta sesenta, cuarenta y dos veinticuatro... Pronto, por favor...

—Creo que llegaré a tiempo, señora —dijo Sett—. ¿No tiene a mano un botiquín de primeros auxilios?

—Está... en el lugar donde se ha producido la descompresión... Aquí no tengo más que un poco de alcohol... Oh, Dios mío, qué horrible dolor...

—Animo, señora; pronto estaré a su lado.

Pero ella no le contestó. Sett meneó la cabeza pesarosamente. Quizá el *shock* producido por la amputación traumática había

provocado, de momento, el desvanecimiento de la mujer. Pero también podía ser la causa de su muerte, si no se la socorría con prontitud.

No obstante, la distancia podía representar un serio obstáculo. Seis horas luz eran nada menos que seis mil quinientos millones de kilómetros. Sett se dijo que tendría que precisar muy bien los datos del salto subespacial, a fin de surgir en las inmediaciones de la nave ocupada por la mujer herida.

Sus dedos volaron rápidos por el teclado de la computadora. «Tengo que comprarme otra de funcionamiento oral», pensó. Bastaba, en el nuevo tipo, hablar, para que la máquina iniciase de inmediato sus cálculos.

De momento, tenía que contentarse con lo que había a bordo, que, bien mirado, se dijo, no era tan malo. Una vez facilitados todos los datos, pulsó las teclas correspondientes al nuevo rumbo, de acuerdo con las indicaciones sobre velocidad y otras complementarias. Finalmente, bajó la palanquita que activaba de golpe el resto de los mecanismos.

Las estrellas desaparecieron. Ahora, Sett estaba en un «no-espacio», en el que su nave se movía a velocidades incalculables, enormemente superiores a la de la luz. Era el único remedio que tenía a mano, si quería salvar la vida de la desconocida.

El salto subespacial duraría unos treinta minutos, Sett se puso en actividad, con frenéticos movimientos. Preparó un maletín con los primeros socorros, sin olvidar sedantes, coagulantes y drogas vitalizadoras, lo metió en una caja estanca, y luego corrió a ponerse el traje de vacío.

El tiempo se le pasó velozmente. Estaba terminando de colocarse la escafandra, cuando notó un leve choque.

Miró por la lucerna más próxima. Le entraron sudores fríos. La salida al espacio normal se había efectuado exactamente junto a la nave de la desconocida. Un error de una millonésima de segundo en los cálculos, habría sido suficiente para que, al colisionar su nave con la otra, se hubieran convertido las dos en un fogonazo, con sus ocupantes.

Caminó hacia el puesto de mando y manejó los controles para separarse unos metros de la otra nave. Luego disparó un par de arpeos magnéticos; de este modo, las dos astronaves quedaban unidas y se

evitaba el posible disgusto de una separación inercial.

Acabó de equiparse, cogió el maletín con los primeros socorros médicos y se dirigió hacia la compuerta exterior.

Una vez en el espacio, se planteó el problema de entrar en la otra nave, sin provocar una descompresión total de su atmósfera. Aquella nave era dos generaciones más joven que la suya, lo que significaba estaba provista de mecanismos que él no había utilizado aún. Pero ello no quería decir que no supiera cómo hacerlos funcionar.

Había dos escotillas de emergencia. Eligió la más cercana a la proa; era de suponer que la desconocida hubiese hablado en el puesto de mando. Probablemente, calculó, la mitad posterior de la nave estaba sin atmósfera.

Acertó. Cuando avanzaba a través de unas estructuras sin aire, se encontró de repente con algo que le hizo estremecerse.

La sangre se había congelado, pero el miembro amputado aparecía al pie de la compuerta que se había cerrado muscamente. Sett supuso que la desconocida tenía la costumbre de caminar descalza en un ambiente cálido y protegido. El pie era pequeño, muy bonito,, pero ya había pasado demasiado tiempo para que un buen cirujano hubiese vuelto aquel trozo de pierna al muñón. La amputación se había producido a unos quince centímetros por debajo de la rodilla.

Había posibilidades de que la mujer se salvase. Una amputación en el muslo habría provocado una terrible hemorragia, cuyas consecuencias no habría podido superar.

Cerró todas las compuertas y restableció la presión normal. Luego abrió la que había sido la causa del accidente.

Un reguero de sangre casi seca le condujo hasta la cabina de mando. Allí estaba la mujer, tendida en el suelo, con la cara blanca como la nieve y los ojos cerrados.

Sett se quitó el traje espacial con rapidez. Arrodillóse junto a la mujer y le puso una mano en el pecho.

El pulso era muy débil. Si no actuaba pronto, la pérdida de sangre podía provocar el colapso definitivo.

La mujer abrió los ojos. Durante unos momentos, sólo vio formas confusas. Luego, poco a poco, se centró su visión. Entonces distinguió un rostro amistoso inclinado sobre ella.

—Animo —sonrió Sett—. Está salvada.

Ella quiso moverse, pero Sett puso una mano en su brazo.

—Quieta, no se mueva en absoluto —dijo—. Está bajo tratamiento.

—Usted... captó mi llamada... —En efecto, señorita Gonadk.

—Ah, conoce mi nombre...

—Me he permitido la indiscreción de examinar la documentación de su nave —contestó él—. Ahora debe saber que pude llegar a tiempo, que apliqué los medicamentos correspondientes y que lleva ya dos días en tratamiento de suero glucosado. Desgraciadamente, no disponía de sangre para una transfusión, pero si es necesario, ya se la harán en el hospital de Berkus.

—No siento nada... en la pierna...

—Está bajo anestesia parcial continua, hasta la mitad del muslo. Por favor, no se preocupe, Amatista Gonadk.

La mujer hizo un esfuerzo por sonreír.

—Su cara me es vagamente conocida —dijo.

—Sett Lang, ex buscador de planetas —se presentó él—. Amatista, no hable ya. Dentro de dos días llegaremos a Berkus. Allí, en el hospital, terminarán de ponerla como nueva.

—Pero mi pierna... —gimió ella.

—Ha salvado la vida y eso es lo importante. No hable más, se lo ruego. Ahora le traeré algo de alimento líquido; es hora de que tome algo, después de tres días de inconsciencia.

Un gesto de asombro se dibujó en el rostro de Amatista. Pero vio

a Sett que se ponía un dedo sobre los labios y guardó silencio.

Sett trajo poco después un tazón de caldo. Ella se sumió de nuevo en el sueño, después de ingerir el alimento. Despertó doce horas más tarde y vio que el hombre continuaba a su lado.

Pero estaba dormido. Amatista se dio cuenta de que Lang no se había separado un momento de su lado. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Había tenido suerte al encontrarse con aquel hombre, se dijo.

Sett despertó poco después. Miró a la joven y sonrió.

—Lo siento, no me di cuenta y me dormí —dijo.

—Estoy algo mejor —manifestó ella.

—Cosa siempre de celebrar. Creo que ya podrá tomar algo de alimento sólido. Voy a preparárselo.

Amatista comió con regular apetito. Al terminar, Sett le secó el sudor de la frente. Sus cabellos, negros como ala de cuervo, estaban húmedos.

—Amatista...

—Llámeme Amy, por favor —rogó ella—. Es el diminutivo que usan todos los que son de mi confianza.

—Gracias, Amy. Lo que quería decirle es que he encontrado rastros de una explosión provocada en la compuerta siguiente a la que cortó su pierna.

—No me extraña en absoluto —respondió la joven.

—De modo que no fue accidente. Alguien quiso matarla.

—Y se contentará con ver que me falta una pierna. —Usted me gusta; es una mujer fuerte y valerosa. Pero ¿tiene enemigos que deseen su muerte?

—Shank Ku-Tar —contestó Amy.

—El nombre me suena.

—Es mi competidor comercial. Le arrebaté un buen contrato. Shank quedó en segundo lugar. Ahora, yo no podré cumplir ese contrato y se lo llevará él.

—Bonita manera de entender los negocios. Naturalmente, no tendrá pruebas para acusarle, Amy.

—Aunque las tuviera. El delito se ha cometido fuera de los límites jurisdiccionales de Berkus. Shank se reiría de mí si le demandase ante la justicia berkusiana.

—Sobre eso habría mucho que hablar, Amy. No olvidemos que el explosivo fue colocado cuando su nave estaba en Berkus. Por lo tanto, el delito se inició en un lugar en donde los jueces de Berkus sí tienen jurisdicción. Pero lo malo es que los posibles rastros que nos permitirían denunciar el hecho no existen.

Amy volvió la cabeza a un lado.

—Nada me importa va —murmuró—. He perdido una pierna... y es demasiado tarde para una reimplantación... Tendré que llevar una prótesis mientras viva...

—¿Preferiría haber muerto?

Ella guardó silencio. Sett comprendió que no debía continuar molestándola.

«A fin de cuentas, si yo me encontrase en sus condiciones, tampoco tendría muchas ganas de hablar», pensó.

Porque Amy era joven y" muy hermosa, y resultaba lógico que la amputación de una pierna le hubiese afectado profundamente.

Cuarenta y ocho horas más tarde, un equipo del hospital de Berkus se hizo cargo de la joven. Sett tomó entre las suyas una de las manos de Amy cuando ya se la llevaban en la camilla.

—Valor —dijo.

Ella, todavía muy pálida, sonrió.

—Estoy viva gracias a usted —contestó.

—No se preocupe de eso y trate solamente de curarse. Hoy día, los médicos obran maravillas. Iré a verla al hospital, Amy.

—Gracias, Sett.

La camilla se alejó. Sett meneó la cabeza. Sinceramente, deseó que Amy superase el difícil trance en que se hallaba, debido a la

canallesca acción de un competidor comercial carente de escrúpulos en sus métodos.

CAPITULO III

El hombre vestía un uniforme harto conocido de Sett, si bien su

rostro le resultaba nuevo. Una mano se alzó hasta la sien, para saludar correctamente.

—Señor Lang —dijo el oficial—. Soy Perty Danos, capitán del Servicio de Información de los exploradores-buscadores de planetas.

—El uniforme es inconfundible, capitán —sonrió Sett—. ¿En qué puedo servirle, aparte de invitarle a una copa, claro está?

—Lo siento, señor; estoy de servicio.

—Parece que la cosa va en serio —murmuro Sett—. ¿Cuál es mi delito, capitán?

—En cierto modo, ninguno, salvo que traigo un requerimiento oficial para que devuelva su nave ,.

Sett se echó a reír.

—¡Qué gracioso! —dijo—. ¿De dónde procede ese requerimiento? ¿A qué mulo se le ha ocurrido la idea de quitarme una nave que es de mi absoluta propiedad, comprada al Servicio de exploradores-buscadores, más conocido por SEB, con el importe de mis ahorros? ¿Quiere que le muestre la documentación pertinente al caso?

Danos parecía desconcertado. —Le juro que yo no sabía...

—Consulte, consulte con el chupatintas que expidió esa orden; repase los archivos, busque en los registros de propiedad astronáutica... Todos mis papeles están en regía, capitán. La nave es total y legalmente mía, ¿lo entiende?

—Bien, señor Lang, parece que no hay motivos para dudar de su palabra —dijo Danos—. Le aseguro que el autor de este mandato de recuperación me va a oír.

—Después de enterarse uno de cosas como éstas, comprende perfectamente el sobrenombre que aplican al SEB, capitán.

—¿Cuál es el sobrenombre? —preguntó Danos ingenuamente.

—Sociedad de Embusteros y Bravucones.

Danos menó la cabeza.

—Un sobrenombre perfectamente aplicado —convino. Saludó de nuevo y se alejó sin más.

Sett maldijo entre dientes. Aquel condenado U. Niddus se proponía hacerle la vida imposible. Era un tipo rencoroso, no toleraba iniciativas y el pacto que él había establecido con el Qrill debía de haberle encolerizado terriblemente.

Pero no por ello se arrepentía. El Qrill debía vivir. ¿Quién era Niddus para sentenciar a muerte a un ser inteligente, sólo porque no tuviera forma humano-terrestre?

De repente, se sintió desazonado. Le habría gustado tener a Niddus al alcance de su mano, para machacarle la nariz de un buen puñetazo.

Una mujer se le acercó de pronto. Sett estaba tomando una copa, en uno de los más acreditados locales de la capital de Berkus. La mujer era de su edad, pelo rojizo, ojos ardientes y pechos generosos.

—Tengo sed —dijo ella.

—Pide de beber —sonrió Sett.

—Me llamo Kalya.

—Sett Lang.

—Ah, el explorador expulsado por compasivo.

—Eso parece. Soy muy compasivo, Kalya. Y pienso que tienes sed de algo más que de una copa.

Kalya sonrió maliciosamente.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó.

Sett la miró de pies a cabeza. Kalya vestía una larga túnica, abierta hasta la cintura por el costado izquierdo y con trozos transparentes en algunos lugares estratégicos.

—Un explorador tiene que saber muchas cosas. Incluso psicología femenina —contestó.

Kalya emitió una ligera risita. De pronto, un sujeto alto, tremendamente fornido, con ancho bigote, se acercó a la pareja.

—Usted es Sett Lang —dijo.

—Sí, pero ahora estoy ocupado —contestó el joven.

—Necesito hablar con usted. Es urgente.

Sett tiró una moneda sobre el mostrador. Luego pasó un brazo en torno a la cintura de Kalya.

—Nada más urgente que apagar la sed en compañía de una mujer hermosa —dijo sonriendo—. Venga a visitarme mañana al Gran Royal; allí me hospedo.

—Iré a verle —prometió el desconocido—. Ah, mi nombre es Ragh Weller.

—Lo recordaré —contestó Sett por encima del hombro.

* * *

Una hora más tarde, Kalya llenó dos copas sobre la mesa del reservado en que se hallaba con Sett.

—Te has hecho famoso —dijo, al entregarle una de las copas.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Salvaste a Amatista Gonadk. Todo el mundo conoce la historia, Sett.

—¿Y tú? ¿Conoces a Amatista?

—Sólo por referencias. —Kalya se sentó en el diván, junto al hombre—. Tiene un buen negocio de importación y exportación espaciales. Lo heredó de su padre, rival de siempre de Shank Ku-Tar.

—Sigue, Kalya.

—Bien, ella aumentó satisfactoriamente el negocio. En los últimos tiempos se decía que había conseguido un buen contrato, tras la puja correspondiente, en la que derrotó a Shank. Pero ahora todo se le ha ido al traste, después de perder la pierna.

Sett tomó pensativamente un sorbo de su copa.

—Es extraño —dijo—. Una comerciante, me parece, no debería viajar sola en su nave... a menos que se dirigiera a una entrevista secreta.

—Tal vez, pero el caso es que Shank se ha quedado con el contrato.

—¿Sabes tú algo al respecto?

—No. Tengo entendido que se trataba de transporte de suministros y pertrechos en grandes cantidades, como para abastecer sobradamente a mil personas durante cinco años, pero eso es todo lo que puedo decirte.

—Hablaré con ella. Tengo que ir a visitarla al hospital.

—Es muy guapa. No entiendo por qué una mujer como ella no se ha casado todavía.

—¿Y tú? —sonrió Sett.

Kalya se encogió de hombros.

—La vida —contestó filosóficamente.

Sett se inclinó para besarla en un hombro. De repente, se oyó un fuerte estallido.

Kalya gritó al ver que la puerta se abría violentamente. Sett se separó de ella. En el umbral del reservado divisó a tres hombres.

Uno de ellos era de mediana estatura y aparentaba unos treinta y seis años. Podría haber parecido guapo, de no haber sido por la cicatriz que le cruzaba horizontalmente el rostro, casi de oreja a oreja y justo bajo la nariz.

Los otros dos parecían sus esbirros. Altos y hercúleos, con una expresión de ciega obediencia en el rostro.

—¡Shank! —gritó Kalya.

—Sí, yo mismo —confirmó el nombrado con helado acento—. Lárgate, especie de zorra sarnosa.

Kalya sintió miedo. Agarró sus ropajes y el bolso y, sin

preocuparse en absoluto del escaso atavío que cubría su cuerpo, escapó a la carrera.

—Bien —dijo Shank instantes más tarde—, aquí estoy viendo a un hombre que ha lanzado las más atroces calumnias contra mí. Incluso ha llegado a decir que intenté asesinar a Amatista Gonadk.

—Sí —contestó Sett sin inmutarse.

—Está bien. Mis amigos, Drud y Hayo, van a darle una lección de urbanidad y cortesía. A partir de ahora, usted, asqueroso bastardo, ya no hablará mal de nadie. Adelante, muchachos.

Los dos esbirros saltaron hacia Sett. Durante unos segundos, hubo en la estancia un atroz revoltijo de cuerpos, brazos y piernas, del que salían extraños gruñidos, mezclados con interjecciones nada académicas. De repente, Drud y Hayo quedaron tendidos en el suelo, tan sin conocimiento como si una apisonadora les hubiera pasado por encima.

Una sonrisa apareció en los labios de Sett, quien, aparte de algunos desperfectos en la indumentaria, no ofrecía señales de daños. Shank estaba pasmado.

—Lo que dije, es la pura verdad —exclamó, a la vez que avanzaba hacia Shank.

El sujeto intentó correr, pero una mano llegó a su cuello y tiró de él hacia atrás. Sett cerró la puerta de una patada, sin soltar su presa.

—Conque una calumnia, ¿eh? —murmuró.

—Suél...te...me... —jadeó Shank.

—Claro, claro, ahora mismo.

De repente, Shank se sintió lanzado hacia adelante con tremenda fuerza. La pared salió a su encuentro. Un horrible alarido brotó de sus labios cuando los huesos de la nariz crujieron de manera alarmante. El dolor resultó tan intenso, que se desmayó.

Hayo empezaba a despertarse en aquel momento. El pie derecho de Sett, aplicado despiadadamente a su mentón, lo volvió en el acto al país de los sueños.

Sett abandonó el reservado. En el corredor, apretando el vestido contra sus senos, los ojos llenos de temor, estaba Kalya.

—Lo... los has vencido... —dijo, atónita.

Lang se apoderó de un brazo de mórbidos contornos.

—Creyeron que nos estropearían la velada, pero hicieron mal sus cálculos —sonrió—. ¿Conoces un buen sitio para continuar la fiesta, preciosa? —inquirió.

Kalya respiró con fuerza. Luego sonrió de un modo incitante.

—Claro que sí —dijo—. Si me permites que me ponga el vestido, te guiaré inmediatamente.

—Estoy a tu disposición —contestó Sett.

* * *

Ragh Weller llamó a la puerta del cuarto que Sett ocupaba en el hotel. Esperó unos momentos y luego vio que le abrían el paso.

—Entre, Ragh —dijo Sett—. Lamento no haberle recibido antes, pero me quedé dormido... Siéntese por ahí y sírvase una copa a su gusto.

—Gracias, no bebo —manifestó Weller, situado en el centro de la sala—. ¿Qué hace usted?

Sett estaba ocupado manipulando en la cerradura de la puerta. Un instante después, se volvió, sonriendo a su visitante.

—No se preocupe —dijo—. ¿Por qué no empieza a hablar?

—Usted está libre —manifestó Weller—. Ya no pertenece al S.E.B.

—Es cierto.

—Era uno de los mejores. Creo que lo han expulsado

ignominiosamente.

—Ah, me da la razón —sonrió Sett.

—Sí. Un ser humano es un ser humano, cualquiera que sea su morfología. Mientras piense y razone inteligentemente, es un ser humano, repito, y no se le puede destruir, a menos que su existencia ponga en peligro gravísimo la de otras personas.

—Muy bien, bravo —aplaudió el joven—. ¿A qué sociedad benéfica pertenece usted, señor Weller?

—A ninguna. Soy un negociante, pero también sé ver la realidad de las cosas. Se hacen mejores negocios en la legalidad y respetando siempre los derechos de los otros, que no atropellando a quienes nos hacen la competencia. Pago bien —añadió Weller significativamente.

—De acuerdo, pero ¿qué es lo que desea?

Weller sacó un documento de su bolsillo.

—Tengo una opción para el establecimiento de una factoría colonizadora en S-Mon-10 —declaró—. Quiero que se encargue usted de su instalación, montaje, supervisión y todo lo que haga falta. Tendrá plenos poderes y, aparte del porcentaje de beneficios que se estipule, recibirá un sustancioso sueldo. Su autonomía será prácticamente ilimitada, aunque nos concederá el derecho de inspección de sus actividades. Incluso podríamos llegar al veto sobre alguna de sus decisiones, pero no creo que las cosas lleguen jamás a ese extremo.

Sett parpadeó.

—La oferta parece buena —dijo—. ¿Me permite examinar el documento de opción?

—Claro. —Weller rió jovialmente—. Ustedes, los buscadores de planetas, tienen obligación de poseer tantos conocimientos jurídicos como un abogado. Ello, en ocasiones, evita muchos conflictos.

—No cabe la menor duda, señor Weller.

Sett tomó el documento y lo leyó con toda atención. Firmas, sellos, permisos, todo estaba en regla.

—Pero falta un detalle —observó.

Weller sonreía.

—Lo sé —dijo.

—Me parece que ya sé lo que pretende usted. Según la ley, no se puede colonizar un planeta, sin permiso de sus habitantes con inteligencia y comprometiéndose siempre a respetar sus usos y costumbres, así como a evitar todo daño a su habitat, ecología y demás circunstancias peculiares.

—Exactamente. Pero, por lo que yo sé, en S-Mon-10 sólo hay «un» habitante.

—Se equivoca. Son muchos, cientos, tal vez miles, aunque tienen un carácter muy gregario y, en ocasiones, se agrupan para formar un solo cuerpo.

—Sin embargo, no creo que eso obstaculice nuestros propósitos...

—Todo depende de lo que diga el Qrill. Si el Qrill se niega, lamentablemente yo me veré obligado a rechazar su oferta, señor Weller.

—Usted respetó su vida, cuando le habían dado orden de destruirlo. Creo que ése es un buen tanto a su favor —dijo Weller.

Sett meditó unos instantes. La propuesta, en sí, no carecía de atractivos.

Colonizar un planeta, fundar una civilización, establecerse en un sitio fijo... Podía tener sus atractivos, se dijo.

—Usted costeará el viaje de ida y vuelta a S-Mon-10 —dijo al cabo—. Si el Qrill acepta, volveré a Berkus para trazar los planes de las primeras operaciones —exclamó al cabo.

—Muy justo —aceptó Weller, a la vez que sacaba un papelito del bolsillo—. Vine prevenido —añadió, sonriendo.

Sett examinó el cheque y silbó, admirado.

—No peca usted de tacaño —comentó.

—A la larga, un negocio honesto rinde mucho más que un negocio con trampas y malas artes.

—Es una buena política, en efecto...

Una seca explosión, de no demasiada potencia, interrumpió bruscamente las palabras de Sett. Weller respingó, a la vez que miraba hacia la puerta, en la que, a la altura de la cerradura, se veía una columnita de humo.

Al otro lado sonó un grito ahogado.

—La alarma ha funcionado —dijo Sett, a la vez que se lanzaba hacia la puerta.

Abrió. En el pasillo, un cuerpo humano, horriblemente quemado, se retorció débilmente.

En la mano del sujeto se veía una pistola solar. Weller palideció.

—Querían... matarme —dijo.

—El objetivo era yo —puntualizó Sett—. Pero quien envió a ese asesino pagado, olvidó que cuando un buscador de planetas llega vivo a los treinta y cuatro años, no se debe ciertamente a la casualidad.

CAPITULO IV

Todavía en su cama del hospital, Amy vio primero un gigantesco ramo de flores que parecía moverse por sí mismo. Luego divisó un par de piernas. Finalmente, una cara sonriente asomó por uno de los lados del ramo.

—Hola —dijo Sett, sonriendo alegremente—. ¿Cómo van esos ánimos?

—Mucho mejor —contestó ella—. Sett, las flores van terriblemente caras en Berkus...

—Para usted, nada hay suficientemente caro. —El joven puso las flores en un jarrón de grandes dimensiones y luego se acercó a la cama. Tomó una mano de Amy y preguntó—: ¿Cómo van esos ánimos?

—Mejor, mucho mejor. Los médicos dicen que usted hizo una buena labor. No sólo me salvó la vida, sino que evitó una segunda amputación más arriba de la rodilla.

—Lo celebro infinito. Además, hoy día, los tejidos se regeneran con gran rapidez, gracias a las nuevas técnicas. Antes de dos semanas, estará en pie, moviéndose como una persona normal.

—Eso espero. Las noticias son buenas en ese sentido, pero malas en otro, Sett —dijo Amy.

Lang arqueó las cejas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Había puesto una fianza para realizar el negocio que gané a Shank en la pugna. Al no poder llevarlo a cabo, he perdido la fianza. Tendré que vender mi participación mayoritaria en la empresa para responder de esa deuda.

—Lo siento de veras —murmuró él—. ¿Hay algo que pueda hacer yo para ayudarla?

Amy movió la cabeza.

—No. Se lo agradezco de verdad —contestó—. Ya me he resignado a la pérdida. Peor podría haber resultado, si hubiese muerto.

—Eso es cosa de Shank. Anoche tuvimos unas palabritas él y yo.

—¡Cómo! —se asombró ella.

—Estaba tomando unas copas con..., con un amigo y Shank vino con dos de sus esbirros. Se arrepintieron de haber venido a interrumpirme. Aunque hoy envió a otro a liquidarme.

—Ese miserable...

—No se preocupe. La policía se ha llevado ya el cadáver de su matón.

Amy le contempló admirada.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó.

—Soy hombre prevenido, sobre todo, si estoy en conflicto con alguien —rió él—. Nadie puede entrar en la habitación de un huésped, en el hotel, sin llamar. Por tanto, quien lo intenta es siempre un ser hostil. Puse una bomba térmica. Poca cosa; veintidós gramos de «nitrina» termógena, una espoleta sensible... y siete mil grados centígrados durante media centésima de segundo. La «nitrina» termógena tiene la virtud de no activar la carga de las pistolas solares.

—De modo que el asesino tenía una pistola solar.

—Sí, Amy.

—Shank no se detiene ante nada, cuando una cosa le interesa —dijo la joven.

—Bueno, espero que mis respuestas le hayan hecho pensar un poco. Tonto no es, de modo que si insiste un día se encontrará con una respuesta definitiva.

—Cuidado, Sett, por favor...

—No se preocupe —rió él. De pronto, se puso serio—. Amy, usted dice que lo ha perdido todo... bueno, casi todo.

—Así es —confirmó Amy.

—Quizá tenga yo un empleo para usted. Pero no podré decirle nada hasta mi vuelta de S-Mon-10. —¿Qué está diciendo, Sett?

—Ya lo ha oído. ¿Conoce usted a Ragh Weller?

—Oh, sí, claro. Es el representante de la Interplanetary Enterprises, una firma muy acreditada y de gran volumen económico.

—Quiere que dirija la colonización de S-Mon-10. Pero no puedo hacer nada sin el permiso del Qrill.

—Ah, ya entiendo. Sett, ¿cree que tendrá éxito?

—Si el Qrill nos lo permite, sí, sin duda alguna —afirmó él.

—Pero, en ese caso, ¿cuál sería mi empleo?

Sett emitió una sonrisa llena de afecto.

—Usted tiene experiencia. Ya le encontraría un puesto adecuado. Y con responsabilidad; no se vaya á creer que la voy a poner delante de una centralita de comunicaciones, sólo para recibir y transmitir llamadas.

Una lágrima apareció en los ojos de la joven.

—Sett, no sé cómo darle las gracias...

—Póngase buena pronto, eso es todo lo que tiene que hacer.

Sett se inclinó y besó suavemente una de las húmedas mejillas de la joven.

—Le prohíbo llorar —añadió.

Amy apretó con fuerza la mano del joven.

—Creo que usted me ha dado de nuevo la ilusión de vivir —dijo.

* * *

La nave tomó tierra y una escotilla se abrió en el acto. Siete hombres, al frente de los cuales iba al capitán Penderton, salieron en fila india del aparato, todos ellos armados con fusiles solares.

El calor era horrible. Del suelo se elevaban vaharadas que deformaban la visión de las cosas. A cien pasos de distancia, se divisaba una larga hilera de monolitos rocosos.

—El Qrill está allí —dijo Penderton—. Recuerden, es peligroso.

Los ocho hombres iniciaron el avance, distribuyéndose en un amplio semicírculo. Ocho dedos índices estaban apoyados sobre sendos gatillos, cuya presión liberaría enormes cantidades de energía abrasadora.

De repente, ocho larguísimos tentáculos surgieron del roquedal con fulgurante rapidez. Ocho fusiles fueron arrebatados de las manos de sus dueños antes de que éstos, sorprendidos, pudieran hacer nada por evitarlo.

Los tentáculos, acto seguido, se irguieron verticalmente hasta unos cien metros de altura. Penderton y sus hombres estaban pasmados, contemplando sus fusiles en lo alto y, al mismo tiempo, aterrados por saberse inermes ante aquel ser de tan enorme potencia.

Durante un segundo, los tentáculos oscilaron adelante y atrás. De pronto, se tendieron con tremenda fuerza. Los fusiles salieron disparados a cientos de metros de distancia.

—¡Al suelo! —gritó Penderton, previendo lo que podía ocurrir.

Instantes después, se produjeron ocho atronadoras explosiones. El suelo tembló, como sacudido por un violento terremoto. Espesas nubes de polvo y humo se elevaron del lugar donde habían caído los fusiles solares.

Penderton y sus hombres temblaban de pánico. De pronto, vieron que los tentáculos se dirigían hacia ellos.

El terror se apoderó de los ocho hombres. Inesperadamente, aparecieron sendas manos en cada uno de los tentáculos.

Las manos tomaron una postura clásica, con el índice extendido rígidamente:

—¡Fuera!

No hubo sonido de voz alguna, pero todos oyeron el mandato en el interior de sus cerebros. Penderton, ciertamente, no fue el último en llegar a la nave en la precipitada huida que siguió a la orden del Qrill.

Cuando la astronave se halló en el espacio, Penderton maldijo profusamente a Niddus y a su demencial orden. Y, al mismo tiempo, comprendió que él y sus hombres estaban vivos por la simple benevolencia del ser a quien habían querido destruir.

La astronave tomó tierra. Sett se proveyó de un instrumento para protegerse del sol, tan antiguo como el hombre mismo: un sombrero de paja, con alas muy anchas. Pendiente del hombro izquierdo llevaba una cantimplora-termo con agua fría.

El calor le obligaba a vestir sucintamente: camisa de manga corta y pantalones también cortos. Las sandalias, sin embargo, tenían la suela muy gruesa, con un entrepaño de amianto. El suelo abrasaba.

Sin temor alguno, Sett avanzó hacia el lugar que era la morada habitual del Qrill. Pronto encontró al ser, que eran muchos y uno solo al mismo tiempo, alimentándose plácidamente junto a la barrera de monolitos.

—Hola —dijo.

—¿Por qué empleas la voz? Es un esfuerzo inútil —«dijo» el Qrill.

—Bueno, si te parece, pensaré lo que tengo que hablar contigo.

—Claro, hombre. ¿Cómo así de nuevo por aquí?

—Quiero pedirte un favor. Expondré los motivos de mi presencia en el planeta. Luego, tú tomarás una decisión.

—Habla, te escucho. I

—Eres el único habitante de S-Mon-10. Me han encomendado colonizar este planeta. Quiero tu permiso,, con las garantías que estimes convenientes.

—Es decir, vendrán seres como tú.

—De ambos sexos. Se establecerán aquí, trabajarán, se unirán por parejas cuando lo crean conveniente y tendrán descendencia.

—De modo que un ser como tú necesita la colaboración de otro para multiplicarse —dijo el Qrill, levemente irónico.

—Entre los de nuestra figura, así ha sido siempre desde el principio de los siglos. —Ya.

El silencio se hizo en la mente después de este monosílabo. Sett entendió que el Qrill reflexionaba.

Esperó, paciente y discreto. Pasados unos minutos, percibió de nuevo la voz silenciosa del Qrill:

—Aceptado. Pero señalaré unos límites para vuestra expansión, que no podrán ser rebasados, bajo la pena de anulación automática del trato y expulsión inmediata del autor de la infracción.

—De acuerdo.

—¿Tienes un mapa?

—En la nave.

—Tráelo, por favor.

—Ahora mismo.

Enormemente satisfecho, Sett regresó a la nave, para volver a los pocos momentos con un gran libro, en el que se hallaba completamente cartografiado el planeta.

—Déjalo en el suelo —indicó el Qrill.

Sett obedeció. Dos manos surgieron inmediatamente de aquella masa aparentemente amorfa.

—Dame un lápiz.

Sett había ido prevenido. Las «manos» del Qrill se movieron con rapidez. Minutos después, Sett recobraba el libro.

—Salvo las áreas rayadas en negro, todo lo demás es tuyo —dijo el Qrill. —Bueno, querrás decir...

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Yo soy *el* dueño de S-Mon-10 y doy tierras a quien es mi amigo, eso es todo.

—Me pones en un compromiso —se quejó Sett.

—¿Por qué?

—Me contrataron por cuenta de una empresa... —Véndeles tus tierras. Total, sólo son unos ciento veinte millones de kilómetros cuadrados. Sett se mareó al oír aquella cifra.

—Increíble —murmuró.

—Eres mi amigo. Por cierto, ¿tienes pareja?

—Oh, aún no me he preocupado...

—Tengo ganas de que te emparejes, para conocer a tu descendencia. Pero supongo que eso es algo que no corre demasiada prisa. Ya llegará, ¿no?

—Así lo creo —sonrió el terrestre.

—Bien, recuerda que la cesión está condicionada a la no violación de los límites señalados y a que seas tú el director de la etapa de colonización. —Conforme.

—Y ahora, ¿por qué no lo celebramos adecuadamente? :

—¿Celebrar? —respingó Sett—. ¿Cómo...?

—Creo que, entre vosotros, es costumbre celebrar de algún modo un trato satisfactorio. Un trago de líquido o algo por el estilo, me parece.

—Pues... sí, pero no tengo más que agua fresca,...

—Es suficiente, Sett.

El joven cerró los ojos un instante. ¡Celebrar con sendos sorbos de agua fresca la graciosa cesión de decenas de millones de kilómetros cuadrados de tierras fértiles!

Destapó la cantimplora.

Una mano surgió de la masa del Qrill. En la mano apareció un vaso. Al otro lado había un brazo y tras éste un rostro socarrón, el de un hombre de unos cincuenta años, de ojillos maliciosos y barba entrecana.

—Por el buen éxito de la empresa —dijo el Qrill.

—Amén —contestó Sett, todavía no muy convencido de que lo que le sucedía no fuese un sueño.

El Qrill tomó el agua.

—Muy buena —elogió—. Mucho mejor en esta forma que no en su estado puro de hidrógeno y oxígeno, que me veo obligado a extraer del suelo.

—Qrill, ¿cómo puedes saber tantas cosas? —preguntó Lang, asombrado—. Eres un ser que ha vivido siempre aquí y posees una enorme inteligencia, pero no es posible ...

—He sondeado tu mente y extraído de ella cuantos conocimientos posees. Por supuesto, sin ánimo de causarte el menor daño, porque eres mi amigo —fue la sorprendente respuesta del Qrill—. Pero, como decís vosotros, los de figura humano-terrestre, el saber no ocupa lugar.

—Nada más cierto —corroboró Sett.

CAPITULO V

Había tardado casi dos semanas largas en desplazarse a S-Mon-10. A la vuelta, dio algo más de velocidad a la nave, con lo que el período total de su ausencia de Berkus fue de unos dieciocho días.

El día decimonoveno, puso el libro con los mapas en manos de Weller.

—Temo que la colonización de S-Mon-10 se va a establecer sobre nuevas bases —dijo.

Weller le miró inquisitivamente.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Él Qrill es el único habitante con inteligencia de ese planeta.

Por tanto, y de acuerdo con las leyes, es el único que puede disponer sobre las tierras y las riquezas de todo género que pueda contener S-Mon-10. Creo que sobre eso no hay ninguna duda, señor Weller.

—No, ninguna. Por eso vine a buscarle a usted...

—Bien, yo no quisiera que lo tomase como una manifestación de desmedida codicia, pero el Qrill ha puesto como condición para aceptar la colonización de S-Mon-10, que se me considere como propietario de las tierras señaladas en estos mapas. El resto, son de propiedad exclusiva del Qrill.

—Es decir, ahora es usted dueño de medio planeta —exclamó Weller, asombrado.

—El desierto en que vive el Qrill, aun siendo muy extenso, es apenas una centésima parte de la superficie sólida de S-Mon-10 —sonrió el joven.

—Tendré que silbar —dijo Weller—. En efecto, esto cambia el planteamiento del asunto, pero en estas condiciones no puedo tomar una decisión sin antes consultar con los directivos de la Interplanetary Enterprises.

—Me parece muy lógico, aunque quiero que sepa una cosa desde ahora: no pienso estrujar a la I. E., no soy de esa clase de tipos. Pero S-Mon-10 me gusta, he volado a baja altura y he visto parajes maravillosos, paradisíacos, podría decirse. Hay infinidad de sitios donde pueden establecerse colonias que acabarán siendo enormemente prósperas. La I. E. puede obtener así grandes beneficios... siempre que cuenten conmigo como socio con voz y voto, y se me siga considerando director, de la primera etapa de colonización. j

—Un poco fuerte es lo que pide, Lang —dijo Weller.

—Lo sé, pero no lo hago por codicia —respondió el joven—. Simplemente, quiero asegurarme de que el Qrill; no sufrirá el menor daño.

—S-Mon-10 tiene dimensiones terrestres. Las colisiones serán fáciles de evitar.

—En tal caso, hable con sus jefes. Yo estaré en Berkus todo el tiempo que necesiten. No tengo prisa, créame.

Weller meditó unos instantes. Al fin, movió la cabeza y dijo:

—Procuraré obtener una respuesta favorable en el menor plazo posible, amigo Lang.

Weller se marchó. Sett fue al cuarto de baño y se afeitó. Luego se puso un traje nuevo, algo fantasioso: camisa azul fuerte, con vivos rojos y amarillos, y pantalones negros, con zapatos incorporados. En torno a las caderas se puso un cinturón con el monedero y la funda con la pistola solar. La capital de Berkus no eral precisamente una urbe pacífica y él, por otra parte, tenía todavía presentes los conflictos habidos con Shank Ku-Tar.

Cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta. Desconectó la trampa y abrió. Sus ojos se dilataron de asombro al reconocer a su hermosa visitante. —¡Amy! —exclamó.

* * *

La joven había recobrado su peso habitual y su figura poseía unos contornos de gran atractivo. Vestía más o menos como Sett, si bien sus ropas tenían unos colores más discretos. En la mano izquierda divisó un bastón.

—Entre, preciosa —dijo, cogiéndola por un brazo—, Precisamente me disponía yo a ir al hospital...

—Me han dado de alta, Sett —declaró Amy.

—No sabe cuánto me alegro. —Sett la soltó, se retiró unos cuantos pasos y la miró de pies a cabeza—. Pienso que esos bonitos pantalones ocultan una prótesis —añadió.

—Sí —confesó ella, un tanto ruborizada—. Las técnicas de cicatrización acelerada dieron buen resultado en mi caso. La prótesis apenas me molesta; claro que todavía me costará mucho acostumbrarme a esta «pata» artificial; pero el ortopédico ha dicho que, antes de un mes, ni siquiera la notaré y podré saltar y correr con absoluta normalidad.

—Es maravilloso, Amy. Pero siéntese, por favor. Quiero preguntarle cómo van sus ánimos. Más que su salud física, me interesa

su estado psíquico.

Ella sonrió.

—Afortunadamente, voy recuperándome —contestó—. Hay otras cosas que no marchan tan bien. —Los negocios —adivinó él.

—Sí. Prácticamente, estoy arruinada. Claro que la culpa, en parte, es mía. Jugué demasiado a un solo envite. Pero aquel contrato parecía tan productivo... ¿Quién iba a contar con la mala fe de Shank?

—Será mejor que olvide a ese tipo. Y para él, también será mejor no meterse más con ninguno de los dos o le pondré en condiciones de ser el protagonista de una recepción triunfal en el infierno. Hablemos ahora de nosotros, Amy.

—Soy una inválida...

—No diga eso —cortó él rápidamente—. Es toda una mujer, valerosa y enérgica, o no habría podido sobrevivir después de aquel terrible accidente. Bien, ha perdido una pierna, pero está viva. Y yo la necesito.

—¿Para qué, Sett?

—A excepción del desierto en que habita el Qrill, S-Mon-10 es mío.

Amy abrió la boca, pasmada. —¿Es... cierto?

—Rigurosamente cierto. El Qrill me ha regalado todas las tierras que no son su desierto.

—Eso significa que usted es ahora el dueño de un planeta tan grande como la Tierra.

—Prácticamente, así es. La I. E. y yo estamos en tratos. Ellos facilitarán los pertrechos necesarios, así como el personal que se precise, y yo dirigiré las primeras etapas de la colonización. Es una empresa formal, seria y solvente. No habrá pegas para un acuerdo fructífero para ambas partes.

—Bien, pero ¿cuál es mi papel en este negocio?

—Directora de la oficina principal, en S-Mon-10, con facultades decisorias. No será una simple secretaria, sino, repito, la directora de toda la parte burocrática, con capacidad de tomar decisiones en

asuntos que sean de su competencia o bien de asuntos cuya solución no pueda esperar, por causas justificadas; por ejemplo, una ausencia o una enfermedad mías. ¿Lo comprende ahora?

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas.

—Sett, no sé qué decir... —hipó.

El joven se inclinó y tomó una de sus manos.

—Usted no puede quedarse a tomar el sol al pie de la ventana de su casa. Tiene capacidad, imaginación y energía. ¿Qué más necesito yo en mi primer ayudante?

Amy se esforzó por sonreír.

—Estoy terminando de liquidar mi negocio. Cuando todo esté listo, podré ir a S-Mon-10.

—Oh, no hay prisa; antes ha de llegar la respuesta de Weller. Lo mismo puede tardar dos que cuatro semanas. Mientras tanto, ¿por qué no cenamos juntos esta noche en el Sybaris? Es el restaurante mejor y más caro de Berkus. Buena cocina, mejor servicio, ambiente distinguido... y el dueño es un gran amigo mío.

—De acuerdo, Sett, cenaremos juntos —aceptó ella, con radiante sonrisa.

A las siete y media, entraban en el Sybaris.

Por consejo de Sett, Amy se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido largo, de color rojo oscuro, con la espalda completamente al aire. Incluso había prescindido del bastón, ya que, para afirmar un paso todavía inseguro, se apoyaba en el brazo del joven.

El dueño, efectivamente, resultó ser amigo de Sett y les proporcionó una cena exquisita. Sett se dio cuenta de que las miradas de la mayoría de los clientes estaban fijas en Amy. Realmente, era una hermosa mujer y, sentada, nadie podía adivinar que había perdido la pierna izquierda en un terrible accidente.

Mediada la cena, se acercó a la mesa un hombre uniformado.

—Capitán Danos —dijo Sett.

—¿Cómo está, Lang? —saludó el oficial—. Celebro su total

restablecimiento, Amatista —se dirigió a la joven.

—Gracias, capitán —sonrió ella.

—Ah, se conocen —dijo Sett.

—Sí —contestó Danos—. Lang, tengo noticias para usted.

—Viniendo de un hombre con su uniforme, no pueden ser buenas. Oh, no lo digo por usted personalmente, sino, repito, por el cargo.

—Sí, lo sé. Verá, soy en Berkus el comandante del destacamento de Información del S.E.B, ya lo sabe. No soy un explorador-buscador, sino más bien un oficial de enlace entre éstos y los nativos. Naturalmente, por mi puesto, tengo que estar bien informado de muchas cosas.

—Lógico —convino Sett—. ¿Y bien?

—Usted ha estado en S-Mon-10. No me importa lo que haya ido a hacer allí. Lo que sí le conviene saber es que una patrulla, al mando del capitán Penderton, fue enviada para exterminar al Qrill. Fracasaron, aunque el Qrill, extrañamente compasivo, se limitó a desarmarles y a expulsarlos del planeta.

—Pero el Qrill es un ser inteligente... ¿Por qué han de matarlo? —se asombró el joven.

—Dirija esa pregunta a Niddus, no a mí. Ahora bien, si el dato puede servirle de algo, y esto es rigurosamente confidencial, le diré que Niddus posee un treinta y seis por ciento de las acciones de la compañía de Shank.

Sett volvió la cabeza hacia la joven.

—Amy, esto parece que explica algunas cosas, ¿no cree? —dijo.

Ella asintió.

—Lo dice todo —contestó.

—Se llevaron un berrinche cuando informé que no había podido desposeerle de la nave, porque era de su propiedad privada —expresó Danos—. Pero estoy seguro de que harán algo para amargarle la vida.

—Ahora ya soy un hombre que no debe nada a nadie —dijo Sett—. Si Niddus o su compinche Shank quieren poner obstáculos en mi camino, les daré una respuesta que no olvidarán jamás en la vida.

—Sea discreto respecto á mí —rogó el oficial.

—Descuide —contestó Sett.

Danos saludó y se marchó. Sett y Amy quedaron solos nuevamente.

—Esto me gusta cada vez menos —dijo ella.

—He presentido dificultades en el asunto, desde que me enteré que Shank quería meter sus manos en él. Las cosas no serán más fáciles si Niddus están interesado también en llevarse su parte del succulento pastel que es ese hermoso planeta.

En aquel momento, entraron unos clientes en el local. Eran tres hombres y una mujer, ella estrepitosamente vestida, haciendo una casi impúdica ostentación de sus encantos físicos.

La mujer iba colgada del brazo de uno de los hombres, algo más bajo que ella. Los otros dos iban a continuación, como protegiendo a la pareja.

—Vaya, quién lo dijera —murmuró Sett—. También a Shank le gusta la buena mesa. :

—Y las mujeres vistosas —sonrió Amy.

Es muy guapa, en efecto —convino él, ocultando

deliberadamente el hecho de que la espectacular rubia era una antigua conocida suya.

De pronto, Shank miró hacia la mesa ocupada por los dos jóvenes. Un destello de ira apareció en sus ojos.

El destello se repitió cuando Sett se dio en su propia nariz con la palma de la mano. Era una forma como otra cualquiera de recordarle la pelea en el reservado de la taberna.

Pero en aquel momento la rubia empezó a hacer dengues y monerías, y Shank tuvo que dedicarse a atenderla.

—Nos ha visto —dijo Amy.

—No sabe cuánto me alegro —sonrió él.

—¿Por qué?

—Le hemos amargado la cena. Tendrá que tomar bicarbonato para hacer una buena digestión. Todavía sigue siendo la mejor medicina conocida para esta clase de dolencias, ¿sabe?

Amy no pudo evitar una carcajada franca, espontánea. Sett la miró casi con asombro. Por primera vez desde que la conocía, el rostro de la joven tomaba una nueva expresión, completamente distinta y mucho más atractiva. Ella empezaba a olvidarse ya de su mutilación corporal, lo cual resultaba muy conveniente para su definitivo restablecimiento psíquico.

* * *

Amy se alojaba en otro hotel. Sett, cortés y galante, la acompañó hasta la puerta de su habitación.

—Mañana encargaré una cesta con bocadillos y bebidas. ¿Ha estado alguna vez en los Saltos de Tian-Loo-Lhar?

Ella arqueó las cejas.

—Conozco el lugar por postales y fotografías...

—No pueden dar una idea de la belleza del paisaje, ni siquiera aproximada. Vendré a buscarla a las diez y pasaremos el día en los prados inmediatos a las cascadas.

Amy sonrió graciosamente.

—Estaré preparada para esa hora —prometió, a la vez que tendía la mano al joven. Luego, cojeando visiblemente, entró en su habitación.

Tras desvestirse, se metió en la cama y apagó la luz. Las lágrimas corrieron por sus ojos. ¡Qué distintas habrían podido resultar las cosas de haber tenido las dos piernas!, pensó amargamente.

Porque lo que veía en Sett era compasión y no lo que ella hubiera deseado. Y, por otra parte, comprendía que el joven no quisiera tener por esposa a una mujer mutilada.

Mientras, Sett había emprendido a pie la vuelta hasta el Gran Royal. La distancia no era muy grande y prefería hacer ejercicio, en lugar de alquilar un aerotaxi.

De repente, al pasar por un lugar no demasiado alumbrado, sintió que dos manos tiraban de su brazo izquierdo. Cogido a contrapié, vaciló y empezó a caer antes de reaccionar.

Un hombre cargó con el hombro y terminó de derribarlo. Otro se puso de rodillas sobre su pecho y pasó en torno a su cuello una fina cadena de puntiagudas bolitas de acero.

—Vais a matarme —dijo Sett.

—Sí —confirmó el individuo.

Sett conocía bien la cadena estranguladora. Las puntas se hundían en la carne y ya no salían, por más esfuerzos que hiciera la víctima. Después del primer tirón, la cadena ejercía su mortífera acción de un modo irremisible. Las puntas de las bolitas estaban situadas oblicuamente, como diminutos anzuelos, que sólo podían extraerse quirúrgicamente... pero ¿a quién le interesaba quitar aquel collar de la garganta de un cadáver?

—No aprietes todavía —se dirigió al asesino. El otro vigilaba en la entrada de la calleja—. Tengo que hacerte una proposición.

—Lo siento. Soy honrado en mis tratos. Me han contratado para matarte y eso es lo que voy a hacer —declaró el sujeto, a la vez que tensaba sus manos en los cables que remataban ambos extremos de la cadena estranguladora.

CAPITULO VI

—Espera un momento, hombre —dijo Sett—. ¿Por qué tanta prisa? Con escucharme no pierdes nada y, en cambio, puedes ganar mucho, ¿no comprendes?

Lo que Sett quería era ganar tiempo. Sólo unos segundos más y podría considerarse libre.

Las rodillas del asesino se apoyaban en su tórax, pero tenía las manos libres, a lo largo de los costados. El brazo derecho se movía imperceptible. Cada contracción muscular, empujaba hacia abajo un pequeño agujón, una especie de estilete de unos quince centímetros de largo por medio de anchura. Lo mismo podía servir para abrir una carta... que para matar a una persona.

—¿Ganaré más perdonándote la vida? —rió el asesino.

—Shank os ha pagado bien, ¿eh?

—Cuando conviene, es generoso, te lo aseguro.

—Sí, es de esa clase de tipos. Creo que me va a ser muy difícil superar su marca.

—Imposible —aseguró el asesino.

Su compañero se impacientó de repente.

—¿Aún no has acabado? ¿Por qué diablos pierdes el tiempo charlando? —gruñó, desde la entrada del callejón.

—Ahora mismo...

El agujón estaba ya en la mano de Sett. El codo del joven se dobló súbitamente hacia arriba. La mitad del agujón entró en la nalga izquierda del asesino quien, instintivamente, lanzó un grito de dolor, a la vez que daba un tremendo salto.

Sus manos dejaron libres la cadena mortífera. Sett encogió los pies un instante y luego los disparó, alcanzando a su adversario en el bajo vientre. Se oyó un gemido agónico. Un hombre cayó al suelo,

revolcándose como un poseso.

El otro sujeto se dio cuenta de lo que ocurría y se lanzó hacia la oscuridad para ayudar a su compañero. De pronto, se encontró con Sett.

En la mano derecha del joven había un terrible instrumento: la cadenita estranguladora. Sett la agitó como si fuese un pequeño látigo. La cadena rasgó la cara del individuo, desde la oreja izquierda hasta la boca.

El hombre retrocedió, presa de un dolor indescriptible. Sett golpeó de nuevo. Ochenta o noventa puntas de acero rasgaron la ropa y la piel de un hombro. El forajido cayó de rodillas, aullando frenéticamente. Sett le pegó con un pie en la cara y lo tiró de espaldas.

Su compañero empezaba a moverse. Sett usó de nuevo la cadena como un azote. La cara del hombre que había pretendido matarle, quedó horriblemente marcada. El dolor de las múltiples heridas le hizo perder el sentido instantáneamente.

Sett lanzó al suelo el mortífero instrumento. Pero, de repente, tomó una decisión opuesta y se inclinó para llevárselo.

Alguien lo recibiría muy pronto, como una especie de regalo... y no amistoso, precisamente.

* * *

La mujer, ataviada con un suntuoso peinador de encajes, estaba sentada frente al espejo, cepillándose cuidadosamente su larga cabellera rubia. De repente, vio a un hombre que se sentaba en el alféizar de la ventana.

—¿Viene a admirar mis encantos o a robarme? —preguntó ella, tranquilamente.

—Helyda, ¿qué opinas tú? —contestó Sett.

Ella aguzó la vista a través del cristal azogado. De pronto, tiró el cepillo, se puso en pie y giró en redondo.

—Sett Lang —exclamó.

—Aquí me tienes, reina de la hermosura —rió él, mientras avanzaba hacia la rubia—. ¿Qué tal te va con Shank? ¿Es generoso?

Helyda hizo un gesto ambiguo.

—Así, así —contestó.

—Tú eres ambiciosa, Helyda.

—La vida me ha hecho ser así, Sett.

—Tal vez. Pero no se puede negar que Shank tiene buen gusto.

—Todo el que me pretende, tiene buen gusto.

—Y la bolsa bien provista. Careces del sentimiento de la compasión. No otorgas tus favores, si no es a cambio de una crecida... digamos minuta de honorarios.

—Es mi costumbre. —Helyda se acercó a una mesita con servicio de licores—. Pero creo que tú no te puedes quejar al respecto —añadió.

—No, no me quejo. Oye, vives bien; tienes bebidas terrestres...

—Puedo permitirme esos lujos. ¿Qué quieres de mí, Sett?

—Información, hermosa.

Ella le entregó una copa.

—Lo siento —denegó la proposición.

—Eres fiel a tu... contratante, ¿eh?

—No, soy neutral —puntualizó Helyda—. Por conveniencia propia, ¿entiendes?

—Sí. —Sett lanzó un suspiro—. He perdido el tiempo.

—Vuelvo a decirte que lo lamento. Puedes considerarme fría, dura, despiadada..., pero es mi norma y no me aparto de ella por nada ni por nadie. Al menos, por ahora.

Sett apuró el contenido de su copa.

—En tal caso, no quiero molestarte más. —Se encaminó hacia la ventana—. Lástima, venía a proponerte un buen negocio.

—A ver, habla —exclamó ella, súbitamente interesada.

Sett la miró de pies a cabeza.

—Aún eres joven y terriblemente atractiva. No sé si un día te casarás o preferirás montar un buen negocio. Claro que a ti te gustaría llegar cuando ya todo estuviese en marcha..., pero se me ocurrió pensar si no te agradaría convertirte en la dueña de algo así como mil kilómetros cuadrados de tierras fértiles y enormemente ricas en todo: agua, caza, pesca, minerales... En fin, veo qué prefieres el dinero contante y no quiero seguir molestándote más.

La pierna derecha del joven pasó por encima del antepecho de la ventana. Bruscamente, Helyda extendió una mano.

—Espera, hombre, no tengas tanta prisa —rogó—. Quizá podamos entendernos. Es probable que, por una vez, quebrante mis propias normas.

Sett sonrió.

Caminó hacia Helyda y la encerró en sus brazos. Ella echó la cabeza hacia atrás, sonriendo provocativamente.

—¿Has dicho mil kilómetros cuadrados? —preguntó.

—Ni uno menos, aunque puedes, si el paisaje te gusta, añadir un par de cientos más —contestó él—. Eres fría y calculadora..., pero, en el fondo, también una sentimental.

—Empiezo a sentirme vieja —suspiró ella. Sett rió alegremente.

—Pasaré casi medio siglo antes de que te salgan las primeras canas —aseguró, a la vez que buscaba los ardorosos labios de la hermosa mujer.

* * *

Weller se entrevistó de nuevo con Sett cuatro semanas después

de la última entrevista.

—Mi compañía acepta sus propuestas —declaró, en presencia de Amy, ya completamente restablecida—. Pero me nombra supervisor, con derecho a veto en determinadas decisiones.

Sett asintió.

—Muy justo —dijo—. Es preciso tener en cuenta que la I. E. va a sufragar todos los gastos, incluido el sueldo de la directora ejecutiva administrativa.

—¿Quién es? —preguntó Weller, extrañado.

Sett movió la mano un poco.

—Aquí la tiene —dijo.

—Oh, ya comprendo —sonrió Weller—. Bien, no puedo vetar esa decisión y si usted necesita una persona al frente de su oficina, nadie mejor que la señorita Gonadk.

—Gracias, señor Weller —sonrió Amy.

—Fijaremos el sueldo y demás detalles en una sesión de trabajo, que empezará mañana, a partir de las nueve. La I. E., tengo entendido, dispone en Berkus de cuatro naves de transporte —dijo Sett.

—Efectivamente. Todas ellas, además, están cargadas con pertrechos...

—Hablaré con los sobrecargos respectivos. Necesitamos conocer los manifiestos de embarque. ¿Tiene personal para los primeros trabajos de acondicionamiento del terreno?

—Cuarenta hombres, todos ellos excelentes en sus profesiones.

—Estupendo. Una vez que conozcamos la carga y hayamos solicitado lo que falte, hablaré con los especialistas y operarios. Trazaremos conjuntamente un plan de acción y empezaremos a trabajar, espero, antes de seis semanas. En medio año podemos tener listos los planos de la primera ciudad y contar con las mediciones topográficas de, por lo menos, un millón de kilómetros cuadrados. Ah, entre paréntesis, he donado mil doscientos kilómetros cuadrados de terreno, con carácter vitalicio.

—¿A quién? —se sorprendió Amy.

Sett emitió una ladina sonrisa. En aquel momento, se oyó el zumbido de llamada del videófono.

—Perdonen un momento —se disculpó el joven.

La entrevista tenía lugar en la sala de la habitación que Sett ocupaba en el hotel. Sett abandonó el diván y se acercó al videófono.

Un rostro de mujer apareció en la pantalla instantes después.

—Hola, Sett —dijo Helyda—. Tengo noticias. —Empieza, guapa —indicó él.

—Shank ha contratado a Croyd Bates. No sé si le conocerás; es un buen actor y un magnífico transformista, aunque en estos momentos se encuentra sin trabajo. Bates es un excelente imitador de personas conocidas, entre otras cosas.

—¿Para qué quiere Shank a un actor? —se sorprendió el joven.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que han mencionado un desierto... —¡Un desierto!

—Como lo oyes. Es más, sé que Bates ha abandonado ya Berkus.

Sett guardó silencio un momento.

—¿Eso es todo, Helyda? —presunto al cabo.

—Todo, Sett.

—Muy bien, gracias.

Sett cortó la comunicación y se volvió hacia los otros dos.

—Ahí tiene la explicación de mi regalo de mil doscientos kilómetros cuadrados —dijo. Weller asintió.

—Conozco a esa mujer —dijo—. Ahora es la... acompañante de Shank.

—Yo la conocí antes que Shank —declaró Sett maliciosamente. De pronto, se puso serio—. Me preocupa el contrato de Bates —añadió—. No es un asesino profesional, ni mucho menos...

—Pero, si se lo propusiera, podría pasar por ti en cualquier parte. Su capacidad para el disfraz es infinita —dijo Amy.

Los dedos de Sett chasquearon súbitamente.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó—. Bates va al desierto del Qrill. Se hará pasar por mí y tratará de dañarle, a fin de que el Qrill, furioso, revoque su cesión.

—¡Rayos! —gruñó Weller—. Es una jugada terriblemente astuta.

—Pero el Qrill puede penetrar en la mente de Bates —alegó la joven.

—Quizá, engañado por la ficción, no lo intenté; y cuando quiera darse cuenta, puede ser tarde.

—¿No es indestructible ese ser? —apuntó Weller.

—Es más fuerte que nosotros, pero eso no significa que sea inmortal —contestó Sett—. Y si yo quisiera matarle, emplearía una bomba...

—¿Atómica? —se espantó Amy.

Sett meneó la cabeza.

—No. Si tu naturaleza pide mucho calor, ¿qué es lo que más podría dañarte, Amy?

—El frío —contestó ella.

—Exactamente. Y si Bates no lleva auestas una bomba congeladora, es que en mi cabeza y debajo del pelo hay arena en lugar de sesos —dijo el joven, mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Amy vivamente.

—A salvar al Qrill. —Sett se volvió un instante, ya en la .puerta—. Eres la directora administrativa —agregó—. Empieza a trabajar de inmediato.

—Yo haré mi parte..., pero quiero que tú te cuides —pidió ella—. Bates es solamente un actor; no está acostumbrado a pelear y, seguramente, Shank habrá enviado con él a algunos de sus esbirros.

—Cuento con ello —respondió Sett, un instante antes de abandonar la habitación.

Weller meneó la cabeza.

—Colonizar S-Mon-10 no va a resultar fácil —murmuró.

—Shank nos lo está poniendo muy cuesta arriba, en efecto —convino la joven con acento lleno de pesimismo—. Pero si a Sett le ocurre algo, puede estar segura de que los jueces de Berkus me condenarán por homicida.

CAPITULO VII

La nave aterrizó y se abrió la escotilla. Un hombre, provisto de una pesada mochila y un extraño tubo, que llevaba sobre el hombro izquierdo, emprendió el descenso por la escalera apoyada en el suelo.

—No falle, Croyd —dijo el piloto de la nave.

—Descuide —rió Bates—. Ese bicho se tragará el anzuelo.

Movió un poco los hombros y echó a andar hacia el conglomerado de rocas que se divisaba a unos cuatrocientos metros de distancia. Detrás del piloto, Lee Ha-rrart soltó una risita.

—Pobre idiota —comentó.

—La verdad es que me da pena —dijo Rock Phills, piloto—. Pero ¿qué le vamos a hacer? La vida tiene, a veces, cosas muy duras.

—Y muy frías, tú. ¿Llegará el frío hasta aquí?

—Sólo notaremos un ligero descenso en la temperatura. En

cuanto a ellos... Bueno, el Qrill también es humano, ¿verdad?

—Por lo menos, dicen que piensa.

—Quizá ya no piense más..

Los dos hombres guardaron silencio. Bates, con el aspecto de un perfecto doble de Sett Lang, avanzaba hacia el lugar en que habitualmente residía el Qrill.

El calor era horroroso. Brotaban hilos de sudor de la frente de Bates, que se evaporaban al instante. Bates se preguntó si estaba bien lo que iba a hacer, pero el recuerdo de la paga que le aguardaba a su vuelta en Berkus le hizo desechar todos los escrúpulos.

Contorneó las rocas. Su respiración se detuvo un instante al contemplar la masa del. Qrill, prácticamente inmóvil, a unos cuarenta o cincuenta pasos de distancia. —Hola, Sett.

Bates oyó la voz en el interior de su cerebro y respingó.

—Hola, Qrill —contestó.

—Vuelves demasiado pronto. ¿Por qué?

—Verás, es que...

Bates retrocedió unos cuantos pasos y colocó el tubo en posición horizontal. Su mente se concentró en la operación que iba a ejecutar.

De repente, oyó un «grito» mental:

—¡Tú no eres Sett!

—Lo siento —dijo Bates.

Y apretó el disparador.

Algo partió zumbando de la boca del tubo y explotó sordamente en el aire, a pocos metros sobre la parte más alta de la masa del Qrill. Un segundo después, la temperatura bajó horriblemente.

Bates trató de correr, pero la baja térmica le sorprendió cuando apenas había dado media docena de pasos. Sintió un intensísimo frío, y quiso gritar, pero sus fauces se congelaron.

Demasiado tarde se dio cuenta de la trampa en que había caído.

En unos instantes, la temperatura exterior bajó a más de cien grados negativos. Todavía se retorció un poco, pero en seguida se quedó inmóvil.

La caída de Bates fue observada desde la escotilla de la nave. Phills y Harrart rieron satisfechos.

—Lo hemos conseguido —dijo el primero.

—El Qrill ya no es más que un montón de hielo —exclamó el otro.

—¿Vamos a verlo? Debe de ser una cosa curiosa...

—Sí, vamos.

Los esbirros saltaron al suelo y echaron a andar. Apenas habían dado doscientos pasos, vieron una sombra en el suelo, delante de ellos.

—¡Eh, tú mira, lo que se nos viene encima! —gritó Harrart.

Phills miró hacia arriba. La nave descendía vertiginosamente, pero en lugar de atacarles se dirigió hacia los monolitos.

Desde la altura, Sett pudo contemplar la masa blanca en que se había convertido el Qrill. Parecía un enorme montón de hielo, por cuyos flancos se veían ya algunos hilillos de agua, provocados por la inevitable fusión debida a la elevada temperatura de aquel lugar. Sett vio también a los dos sujetos, pero en aquellos momentos su atención estaba centrada en el Qrill.

A cien metros de altura, disparó un par de pequeñas bombas térmicas. Solían emplearse corrientemente para elevar la temperatura en parajes muy fríos y formaban parte del equipo corriente de un buscador de planetas. Según el ambiente en que se utilizasen, la elevación de temperatura podía durar en ocasiones hasta media hora.

Para Sett, con unos minutos sería suficiente, de modo que había graduado las espoletas adecuadamente. Las bombas, sostenidas por paracaídas de fino tejido de metal, descendieron lentamente, derramando su calor en todas direcciones.

La fusión de la capa de hielo que cubría enteramente al Qrill se aceleró. Sett no tenía aún la seguridad de haber salvado a su gigantesco amigo, pero sabía que el Qrill corría todavía serios riesgos.

El hielo, por lo menos, le había inmovilizado. A sesenta o setenta pasos de distancia, vio una figura humana, enteramente blanca, inmóvil en el suelo. Sett supo así que Bates, su doble, había muerto de la misma manera que había intentado matar al Qrill.

Los dos esbirros parecían vacilar. Sett gobernó la nave hacia ellos.

—¡Pistolas solares! —gritó Phills.

Sett detuvo la nave y corrió a la escotilla, armado con la psicopistola. Su primer disparo fue para crear la ilusión de un Qrill aún vivo.

—¡Mira, Rock! —chilló Harrart.

Varios tentáculos anaranjados avanzaban hacia ellos. Harrart y Phills concentraron el fuego de sus pistolas solares contra los supuestos tentáculos. La arena hirvió literalmente.

Cada disparo hacía desaparecer un tentáculo, pero, instantáneamente, surgía otro a la derecha o a la izquierda. Los dos esbirros, finalmente, enloquecidos de pavor, tiraron las armas, dieron media vuelta y emprendieron una vergonzosa huida hacia la nave.

Súbitamente, un enorme muro de piedra se alzó en su camino. Ciegos por el pánico, Harrart y Phills se desviaron a la izquierda, pero el muro se cerró rapidísimamente a su alrededor. En unos segundos, se encontraron en el interior de lo que parecía un gigantesco pozo, de cinco o seis metros de diámetro, por veinte o más de profundidad.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Harrart.

—Estamos perdidos; moriremos de hambre y sed... —gimió Phills.

Sett ya no se preocupó de la pareja de esbirros. Tomó tierra tranquilamente, saltó al suelo y corrió hacia los monolitos.

El hielo se había fundido por completo. La arena estaba aún húmeda, pero la evaporación era muy rápida. Sett llegó junto al Qrill y golpeó su masa con el puño.

—¡Despierta, despierta! —gritó.

—No des esas voces —sonó la del Qrill—. Me vas a dejar sordo.

Sett lanzó un profundo suspiro de alivio. —Estás vivo —dijo.

—He pasado un mal rato, lo admito, y de no haber sido por ti, puede que hubiese acabado de vivir; pero ahora que lo pienso, encuentro que aquí hay demasiada temperatura. Esa bomba congeladora, después de todo, no resultaba tan desagradable.

—¡Rayos! ¿Vas a decirme ahora que te gusta el frío?

—Tanto, tanto, no... pero creo que empezaré a buscarme un lugar menos caluroso. Por supuesto, las condiciones de nuestro pacto son intangibles; ya elegiré un lugar donde vivir sin molestaros en absoluto.

—Está bien, tú mandas —dijo Sett—. Cuando vuelva, me comunicarás el nuevo emplazamiento de tu residencia.

—Descuida. Ah, gracias por haberme salvado la vida, Sett.

—Soy tu amigo, Qrill.

—Caí en la trampa. ¿Por qué quisieron matarme? ¿A quién le hago daño?

—La verdad, el personaje dañino, para ciertos tipos, soy yo —declaró Sett, quien, acto seguido, explicó todo lo sucedido hasta aquel momento—. Ya ves cómo están las cosas —dijo al terminar.

—Sí, hay tipos verdaderamente repulsivos —convino el Qrill—. Tienes dos prisioneros, ¿verdad?

—Sí, he usado mi psicopistola y ahora se creen en el fondo de un pozo. Además de colaborar en tu intento de asesinato, permitieron que muriese el hombre encargado de ejecutar la tarea. Pero esos actos se han perpetrado en un lugar que te pertenece. Por tanto, tú eres el juez y decidirás sobre la sentencia que se les debe imponer.

El Qrill reflexionó unos momentos.

Luego, mentalmente, dijo:

—Tráelos, Sett.

—Ahora mismo.

La sorpresa de Harrart y Phills fue enorme al ver que Sett traspasaba el muro de piedra como si fuese un espectro. Pero el joven

empuñaba ahora una pistola solar con la mano derecha.

—Media vuelta y andando —ordenó.

El muro de piedra desapareció. Los dos esbirros parpadearon, como si acabaran de salir de un mal sueño.

—No acabo de creérmelo —dijo Phills.

—Oiga, amigo, ¿qué es lo que piensa hacer con nosotros? —preguntó Harrart.

—¿Yo? —Sett se echó a reír—. Nada, muchacho, la decisión no me compete, yo no soy el dueño de la región. Y según la ley, cuando el dueño de un planeta o de una parte de un planeta es atacado, puede imponer el castigo que estime adecuado, de acuerdo con sus usos y costumbres.

El calor era horrible, pero Phills y Harrart sintieron frío.

Momentos después, los dos esbirros avistaban el Qrill.

—¿Son éstos, Sett?

—Sí.

—De acuerdo. Déjalos aquí. Yo les daré una ocupación.

—Oiga, ¿qué pretende hacer con nosotros? —preguntó Phills.

—Os quedaréis en S-Mon-10 para siempre, trabajando a mi lado —decidió el Qrill. Harrart sintió pánico. —No..., no me quedaré aquí... Y, enloquecido, echó a correr.

Un tentáculo lo atrapó por la cintura casi en el acto. Harrart se sintió izado a lo alto. Chillaba frenéticamente, pero sus esfuerzos para liberarse del dogal que le ceñía el cuerpo, resultaron estériles.

—Déjalos conmigo, Sett —dijo el Qrill—. Puedes volverte —añadió—. Cuando capte tus ondas mentales, en el momento del regreso, te informaré del lugar de mi nueva residencia.

—Está bien. Adiós, Qrill.

—Buen viaje, Sett. Por cierto, ¿cuándo te emparejas con aquella chica? Sett respingó.

—Eso es algo que no ha pasado siquiera por mi mente —contestó.

—Hazla pronto tu pareja. Es una mujer fértil. Además de guapa, claro.

Sett abrió la boca estupefacto. Sí, Amy, realmente, era una mujer muy bella..., pero le faltaba una pierna.

—Ya..., ya lo pensaré —dijo evasivamente.

—No tardes en tomar una decisión —«rió» el Qrill.

Sett. volvió a su nave, bastante molesto. Por un lado, sentía cierto cariño hacia Amy, incluso un verdadero afecto. Pero una mujer coja...

Furioso, se sentó ante el puesto de mando e inició la maniobra de despegue.

—¿Qué diablos le importarán a ese Qrill mis problemas sentimentales? —farfulló.

* * *

Dos semanas más tarde, Sett entró en un edificio, sobre cuya entrada había un rótulo significativo: KU-TAR SPATIAL MERCHANDISE. Atravesó un par de oficinas y llegó a un antedespacho en el que, además de una secretaria, había dos tipos a los que Sett conocía muy bien.

Drud y Hoyo se pusieron en pie al verle.

—Quieto. Lang —dijo el primero.

Sett le miró fríamente.

—Les partiré por la mitad, si intentan detenerme —exclamó—. ¿Ya no se acuerdan de lo que les pasó hace algunas semanas?

Los guardaespaldas se amedrentaron. Sett rió desdeñosamente y se dirigió hacia la puerta señalada con el rótulo de PRIVADO.

—¡Eh, no puede entrar ahí sin tener concertada una cita previa! —gritó la secretaria—. El señor Ku-Tar tiene visita...

Sett no hizo caso y abrió la puerta. Dos hombres se volvieron en el acto al oír el ruido.

—¡Vaya! —exclamó el joven sarcásticamente—. Pero si está aquí mi ex jefe Ulysses Niddus. ¿Qué tal su treinta y seis por ciento de las acciones de la compañía de ese bandido que tiene sentado enfrente?

La cara de Shank se puso roja. Por contraste, la cicatriz permaneció blanca. Parecía un hombre con dos bocas, una de las cuales reía constantemente, en una mueca de infinita perversidad.

Niddus, grueso, sanguíneo, se puso en pie, con ojos llameantes.

—Lang, le expulsé por indisciplinado —dijo—. Veo que sus malas cualidades no han desaparecido todavía.

—Un hombre indisciplinado no tiene por qué ser necesariamente deshonesto, Ulysses —contestó el joven sin perder la calma—. Pero no es con usted con quien quería hablar, aunque su presencia aquí confirma los rumores que escuché hace tiempo. Shank, el Qrill está vivo. Sigue siendo dueño de cierta parte de S-Mon-10. El resto del planeta, me pertenece. ¿Lo ha entendido?

De roja, la cara de Shank pasó a lívida.

—Mi doble murió —continuó Sett—. El pobre idiota no sabía que le habían dado una bomba congelante de doble efecto. En cuanto a Harrart y a Phills, se han quedado para siempre en S-Mon-10.- Son prisioneros a perpetuidad del Qrill.

Una sonrisa apareció en el rostro de Sett.

—Eso es todo —se despidió, antes de que los dos estupefactos individuos hubieran tenido tiempo de pronunciar una sola palabra.

Pasados unos momentos, Shank dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Tengo a ese hombre atravesado! —bramó—. Mientras esté vivo, yo no podré...

Niddus alzó una mano.

—Calma, muchacho —dijo—. La cólera no es buena consejera.

Reflexionemos mejor —propuso.

—¿Qué diablos...?

—Por favor, Shank, yo ya soy zorro viejo en esta clase de asuntos. El planeta S-Mon-10 es una fuente potencial de riquezas incalculables.

—¡Pero ahora es de Lang, general!

—Lo sé, lo sé, y no deja "de ser un buen tanto en contra nuestra. Sin embargo, aún no hemos perdido la partida por completo. Usted me ha dicho que Amy Gonadk va a ser directora administrativa...

—Sí, es lo que dicen mis informes —contestó Shank de mal talante—. Pero con esa mujer no conseguiremos nada; es absolutamente fiel a Lang.

—Sí, estoy enterado de lo sucedido. En cuanto a Amatista, puede, quizá, sernos útil como un último recurso. Sin embargo, lo que yo pretendo es actuar por otros métodos. ¿Está enterado del número de hombres que formarán parte de la primera etapa de colonización?

—Unos cuarenta...

—¿Se le ha ocurrido pensar siquiera en que alguno de ellos puede ser, hablando claramente, un traidor? Shank, ¿cómo es posible que haya podido usted olvidar ese viejo axioma de que «el dinero lo puede todo»? La expedición colonizadora tardará todavía bastantes días en partir. ¿No se siente usted con capacidad suficiente para conocer la nómina de colonizadores y estudiar a los dos o tres más aptos para recibir una gratificación extra, por hacer lo que se les ordene desde aquí, a medida que vayamos conociendo los progresos de la colonización?

Los ojos de Shank brillaron de un modo singular.

—Accidentes, sabotajes, revueltas, huelgas, destrucción involuntaria de máquinas...

Ulysses Niddus se puso en pie.

—Ponga manos a la obra, Shank —dijo—. Y no deje de mantenerme informado en todo momento.

—Sí, señor.

—Esto, no será cosa de un día y quizá cueste un año o dos, pero merecerá la pena —aseguró Niddus—. ¿Conoce usted las leyes sobre proyectos de colonización y los plazos mínimos que se establecen para iniciarlos y ejecutar las primeras fases? ¿No? Entonces, estudie ese sector de las leyes sobre colonización; se encontrará usted con algunas sorpresas... muy agradables, créame.

Al quedarse solo, Shank pensó que, efectivamente, sus conocimientos sobre leyes eran bastantes limitados y que no estaría de más incrementarlos con unas cuantas sesiones de estudio.

CAPITULO VIII

Seis meses más tarde, cuando la estrella-sol de S-Mon-10 empezaba a volverse de color rojo, Sett y Amy se detuvieron en la herbosa pendiente de una ladera, desde la que se dominaba el llano en que estaba siendo edificada la primera ciudad.

El plano era clásico: cuadrículas tiradas a cordel, con notable amplitud en lo que serían calles y vías de circulación. A unos trescientos metros más abajo, corría un río caudaloso, cuyo cauce estaba situado a la profundidad suficiente para que no hubiese temor a posibles inundaciones. Al otro lado, a lo lejos, se divisaba una cadena de montañas, de considerable altitud, que actuaría como eficaz barrera para proteger a la ciudad de los fríos vientos del norte.

Los especialistas topógrafos habían trabajado duro, estableciendo mapas catastrales. En las primeras etapas, la actividad principal de la colonia sería agrícola. Las tierras, llanas en general, con abundancia de corrientes de agua que iban a desembocar en el río, prometían una fertilidad poco menos que sin límites.

Los trabajos habían cesado ya. Los primeros operarios habían aumentado de cuarenta a sesenta. Uno de ellos era cocinero. Pronto se oiría su campana, llamando para la cena.

—Se me había olvidado —dijo Amy de pronto—. He recibido, en el correo espaciostático de hoy, una veintena de cartas, solicitando un puesto de trabajo y la cesión de tierras. Algunas de las propuestas parecen interesantes, Sett.

—Las estudiaremos mañana —contestó él.

—Te veo preocupado —observó la joven.

—Un poco.

—¿Por qué?

—He captado tirantez y tensión entre los hombres. No he querido alarmarte, pero creo que es hora de que lo sepas. Hace dos días hubo una pelea, la primera en casi medio año.

—Es una vida muy dura...

—No. Pasa algo, pero no he podido averiguarlo. Interrogué a los contendientes por separado, pero no supieron, o no quisieron darme una explicación satisfactoria. Y mis preocupaciones son todavía mayores, cuando pienso que, hasta ahora, todo se ha desarrollado con excesiva placidez.

—Pero, Sett, ¿no era eso precisamente lo que buscábamos, paz y tranquilidad?

—Sí, aunque no olvido a Shank ni por un momento. Amy, aprende a temer a tu enemigo cuando más quieto y callado está. Eso es indicio seguro de un ataque, ¿comprendes ?

Ella frunció el ceño.

—Ahora que lo dices, sí, es cierto, todo marcha bien, salvo ese pequeño incidente... Pero ¿qué piensas hacer?

—Nada, excepto vigilar.

—¿No tienes algún colono en quien confiar?

Sett emitió un gruñido de duda.

—Prefiero hacerlo yo mismo. Y con tu ayuda, pero siempre que sea discreta y no aumente tu trabajo. Amy, si ves algo raro, observa y calla, hasta que puedas hablar conmigo a solas.

—De acuerdo, Sett.

—Mañana tengo que salir de viaje —dijo él—. Voy a Mesa Roja. Tengo allí a una pareja de prospectores de minerales, con el equipo correspondiente. Aquella zona parece rica en hierro. Podría ser una buena solución para S-Mon-10.

—¿Estarás mucho tiempo ausente?

—Un par de días, tres a lo sumo. Mesa Roja está a unos mil quinientos kilómetros hacia el sudoeste e incluso yo mismo quiero realizar personalmente un par de análisis de muestras minerales.

—Está bien. ¿Qué contesto a las solicitudes de instalación como colonos?

—Déjalas para la vuelta. Todavía hay mucho trabajo que hacer aquí antes de admitir más gente.

—Me gustaría resolverlo antes de mi marcha a Berkus —dijo ella.

Sett, vivamente sorprendido, se volvió hacia la joven.

—¿Cómo? ¿Te vas?

Amy sonrió tristemente.

—Olvidas que tengo una pierna artificial. Pronto hará un año del accidente. Los médicos me dijeron que al cumplirse ese plazo, me someterían a una nueva operación, a fin de implantarme una nueva prótesis.

—Pero, Amy, si estás tan bien... Te he visto correr, saltar...

—Con dificultad —objetó ella—. La nueva prótesis será, salvo en su composición, idéntica en todo a la pierna que perdí. Podré mover, incluso, los dedos de los pies y el tobillo tendrá un juego absolutamente natural. Claro está que los mecanismos de esos movimientos estarán conectados a mi sistema nervioso, lo que evitará motorcitos auxiliares, ¿comprendes? El empalme de la prótesis con el miembro natural resultará absolutamente invisible y... y podré hasta

usar traje de baño.

Sett apretó una de las manos de la joven.

—Si eso te ha de beneficiar, hazlo —dijo.

Amy suspiró hondamente. Pese a todo, Sett no podría olvidar jamás_ que su pierna izquierda, de la rodilla para abajo, sería siempre artificial.

El mayor obstáculo que se alzaba entre ambos, pensó amargamente.

—Durante mi ausencia —recomendó él—, no relajes la vigilancia. Shank se hace peligroso más y más, a medida que pasan los días y no da señales de vida.

—Lo tendré en cuenta, Sett —respondió Amy.

* * *

El pequeño aeromóvil en que Sett había hecho el viaje se acercó al campamento de los prospectores. Mesa Roja era una gigantesca meseta, de más de treinta kilómetros de largo, por unos dieciséis de ancho, elevándose como una colosal nave sobre la llanura circundante, a una altitud media de unos doscientos cincuenta metros. Salvo por uno de sus lados, cuya inclinación no rebasaba los cuarenta y cinco grados, los bordes de la meseta se desplomaban casi verticalmente, haciendo poco menos que imposible el acceso a pie desde la llanura. Por tanto, el aeromóvil era el medio mejor de llegar a la parte superior de la meseta, que prometía tantas riquezas minerales.

Mientras descendía lentamente, Sett contempló el diminuto campamento minero: una tienda y un barracón prefabricado, éste como laboratorio de análisis de muestras. La tienda era el alojamiento de los dos prospectores.

Era extraño, se dijo. No había el menor signo de actividad en el campamento. A unos dos kilómetros de distancia, nacía una fuente de caudal abundante, y la corriente, tras cruzar la meseta, se desplomaba en un salto de gran altura hacia la planicie. Los prospectores podían

haberse tomado un descanso para bañarse, pensó.

Un rápido vuelo hacia el manantial le convenció de que los prospectores no estaban allí tampoco. Profundamente pensativo, regresó al campamento y tomó tierra.

Saltó al suelo. La tienda estaba vacía.

Sett empezó a temer por la suerte de los dos prospectores. Caminó hacia el laboratorio y abrió la puerta.

Los prospectores estaban allí, pero eran sólo dos montoncitos de carbón. El disparo de una pistola solar causaba unos efectos terribles. Sett inspiró largamente. Repuesto de la sorpresa, inspeccionó el laboratorio. Estaba muy revuelto. Las huellas de un registro eran claramente visibles.

Al cabo de un rato, salió fuera. Lentamente, recorrió los alrededores del campamento, hasta que encontró las huellas que buscaba: señales de las patas de un tren de aterrizaje. Una nave pequeña pero rápida, capaz de llegar a S-Mon-10 sin ser advertida, llevando a bordo a un asesino.

El asesino no había viajado solo. Alguien le había acompañado, seguramente, para conocer los progresos realizados en la exploración minera. Después de conseguir su objetivo, la nave había despegado, regresando a su punto de partida.

De pronto, algo llamó su atención. Las patas del tren terminaban en unas placas muy anchas, de forma circular, con objeto de que la nave pudiera posarse, en cualquier terreno con un mínimo de consistencia. Aquella placa se había apoyado sobre un terreno de arena muy fina y compacta. Era un detalle en el que no habían reparado los asesinos. Los números de serie de la nave estaban nítidamente impresos en la arena.

Sett los copió. Sería una prueba, se dijo; y para evitar que se perdiera, volvió al laboratorio y buscó hasta encontrar algo de yeso fino, con el que tomó un molde de la señal. Los prospectores tenían también cámaras fotográficas y tiró unas cuantas placas.

El delito se había cometido en S-Mon-10 y los jueces de Berkus no tenían allí jurisdicción. Pero S-Mon-10 era suyo y del Qrill. Había un medio de castigar a los asesinos y lo utilizaría, se dijo.

Una vez hubo terminado las operaciones, se dispuso a hacer una

tarea poco agradable, pero misericordiosa. Buscó un pico y una pala. Los primeros muertos en S-Mon-10, pensó amargamente.

De repente, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Necesita ayuda, amigo?

Sett se revolvió velozmente, con la mano en la culata de la pistola solar. El hombre, que parecía haber surgido del seno de la tierra, levantó la mano derecha, a la vez que sonreía amistosamente.

—Paz —dijo.

—¿Quién es usted? —preguntó Sett, pasmado de asombro, por la inesperada presencia de un extraño en un paraje que creía absolutamente desierto.

—Me llamo Darthan. Hace algunas semanas, mi nave cayó en este planeta y se averió irremisiblemente. Desde entonces, he caminado en busca de un lugar habitado y sólo hoy he encontrado un congénere —explicó el desconocido.

Sett examinó a Darthan. Era un hombre altísimo, de casi dos metros de altura, tez tostada y pelo largo y negro, un tipo verdaderamente apuesto, pensó.

—Soy Sett Lang —se presentó—. Propietario de la mayor parte de este planeta. ¿Qué hacía usted cuando se le averió la nave?

—Buscaba un lugar donde establecerme. Soy fuerte, tengo una salud a prueba de bomba y puedo hacer cualquier clase de trabajo. Modestia aparte, no soy tonto y sí bastante mañoso. Si necesita ayuda, yo estoy dispuesto a prestársela incondicionalmente.

Sett reflexionó unos momentos. Sabía conocer a los hombres. Darthan parecía sincero. Y se necesitaba mucha habilidad para sobrevivir en un mundo desierto durante semanas.

—Trabajamos aquí para fundar una colonia —dijo al cabo—. Si acepta las condiciones generales, puedo darle un empleo.

—Acepto sus condiciones —sonrió Darthan—. ¿Qué hace con esas herramientas en las manos?

—Han asesinado a dos de mis hombres. Puede que tengamos problemas, Darthan.

—Usted es de la clase de tipos que saben resolver todos los problemas —aseguró el náufrago del espacio—, Bien, déme un pico y empezaré a ayudarle.

Darthan se mostró activo y eficaz. En menos de una hora, quedó lista la sepultura. Luego, Sett y su nuevo empleado se dirigieron hacia la tienda.

—Puede que tenga dificultades de alojamiento, Darthan —advirtió Sett.

—Si hay comida, con una manta me bastará para pasar las noches —contestó Darthan.

El día terminaba ya, de modo que Sett optó por pernoctar en la meseta. Al día siguiente, muy temprano, se levantó, hizo sus abluciones y luego se retiró cosa de un par de cientos de metros.

—Qrill —llamó mentalmente—. Contéstame, te necesito.

La respuesta llegó al cabo de unos segundos.

—¿Sett?

—Sí.

—¿Qué te ocurre? ¿Necesitas ayuda? —Realmente, más que ayuda...

Sett «habló» mentalmente durante unos minutos, exponiendo al Qrill sus planes. Al terminar, recibió una respuesta aprobatoria: —De acuerdo, cuenta conmigo para todo, Sett.

—Gracias, Qrill. ¿Sigues aún en el mismo sitio?

—No, me he cambiado. Ya te avisaré un día para que vengas a verme, cuando te hayas emparejado, por supuesto.

Sett lanzó una risita.

—Por ahora, estoy muy bien soltero —contestó. Pero no era una respuesta sincera. Regresó al campamento. Darthan había preparado ya el desayuno.

Sett se sintió muy aliviado al ver que Darthan no le formulaba la menor pregunta acerca de lo que había hecho mientras permanecía arrodillado. Era preferible no tener que contestar con evasivas.

Terminado el desayuno, se dirigieron hacia el aeromóvil y emprendieron el regreso. Varias horas más tarde, al llegar a la colonia, Sett se sorprendió enormemente al encontrarse con un inesperado espectáculo.

CAPITULO IX

El edificio estaba en su fase final de montaje. Había numerosos hombres ayudando. Se oían risas y voces femeninas. Una mujer chilló. Sonó una bofetada.

—Las manos quietas, tú —dijo ella.

Sett creyó que soñaba. En la fachada del edificio había ya un gran rótulo: CANTINA. JUEGO. *DANCING*. BEBIDAS. CHICAS ATRACTIVAS Y SIMPATICAS.

—Pero ¿qué diablos...?

Una mujer se le acercó de pronto, contoneándose incitantemente.

—Sett, querido —dijo Helyda.

—¡Rayos! ¿Qué haces tú aquí?

—Ya ves, terminando de montar mi negocio. Me cansé de Berkus, ¿sabes? Los chicos necesitan distracción y yo pensé que...

—Helyda, estás aquí sin autorización —dijo Sett, ceñudo—. Puedo expulsarte...

Ella lanzó una risita. Metió la mano en el escote y sacó un papel, que tendió al joven.

—Concedido por tu oficina —dijo—. Es el permiso para la instalación de un centro de recreo. Firmado: Amatista Gonadk, por poder.

Sett abrió la boca. Helyda volvió a reír.

—La fecha de la solicitud es de dos meses atrás, pero hasta hoy no he podido reunir todos los materiales y la «tropa» necesaria. Estos pobres colonos están muy solos. Era preciso hacerles compañía, ¿no te parece?

El joven no sabía qué decir. Helyda tenía su documentación en regla. Amy, pensó, había pecado de ingenua.

De repente, Helyda se fijó en el acompañante de Sett.

—Querido, ¿quién es este buen mozo? Anda, no estés ahí como un poste, preséntanos, hombre.

—Darthan, ésta es Helyda —gruñó Sett.

Ella se acercó a Darthan y apretó con la mano uno de sus brazos.

—¡Qué músculos! —dijo, a la vez que ponía los ojos en blanco—. Oye, ¿tiene este guapo mozo algún empleo contigo, Sett? Yo necesitaré un buen camarero...

—Tú lo que necesitas es una camisa de fuerza. O quizá el que la necesita soy yo —refunfuñó Sett—. Darthan no tiene ningún empleo —añadió—, así que entiéndete con él...; pero procura no darme quebraderos de cabeza. En las cláusulas de tu contrato, figura una sobre alteraciones del orden, ¿entiendes?

Pero Helyda no le miraba; tenía los ojos fijos en el apuesto Darthan.

—Todo marchará pacíficamente —aseguró.

Sett se marchó, rezongando entre dientes. Aunque bien mirado, se dijo, la cantina y Helyda y sus alegres chicas aliviarían la tensión que ya se hacía a veces insoportable entre los colonos.

Minutos más tarde, entraba en la oficina. Amy estaba dictando algo a la máquina escritora y cortó el contacto apenas le vio.

—Oh, Sett, ha ocurrido algo inesperado... Yo autoricé el contrato de ese local de recreo, pero no pensé que...

Sett puso una mano en el suave hombro de la joven.

—No te preocupes —sonrió—. Quizá sea mejor así. Y, me parece, que Helyda ha encontrado ya quien distraiga su atención.

—¿De veras? ¿Quién es, Sett?

—Un naufrago del espacio. Me lo encontré en Mesa Roja, después de descubrir que los prospectores fueron asesinados.

El hermoso semblante de Amy se cubrió de sombras. — ¡Asesinados! —repitió.

—Como lo oyes. Pero tengo pruebas contra los asesinos,

—Enviados por Shank, como si lo viera.

—Seguro. De todos modos, se van a llevar una buena sorpresa. ¿Quieres redactar un mensaje espacial?

—Sí. Empieza a dictar cuando quieras, Sett —accedió ella.

—Bien, entonces...

Sett meditó unos momentos. Luego dijo:

—«Los propietarios del planeta S-Mon-10, Sett Lang y el ser inteligente conocido como el Qrill, al Honorable Consejo de Gobernadores de Berkus: Salud, hermanos, y paz y prosperidad. Como propietarios del citado planeta y de acuerdo con las vigentes leyes galácticas sobre la materia, os proponemos la firma de un acuerdo de extradición, en las condiciones normales. Si se acepta la firma de ese acuerdo, quedaremos a la recíproca con ese Honorable Consejo.

«Respetuosamente vuestros, *Sett Lang y el Qrill.*»

—Ya está —dijo Amy unos momentos después.

—Envíalo inmediatamente. Encarece una respuesta urgente.

—Lo que tú digas, Sett. ¿Crees que conseguirás algo?

—Si Berkus acepta la firma del tratado, antes de cuatro semanas tendremos presos a los asesinos —respondió él firmemente.

De pronto, se oyó afuera un fenomenal griterío.

Sett corrió hacia la puerta de la oficina. La gente corría enloquecida, chillando frenéticamente. Un horrible alarido hendió el aire.

Una gigantesca explanadora se había puesto en marcha inopinadamente y se movía a cincuenta o sesenta kilómetros por hora, arrasando cuanto encontraba a su paso. Una de sus colosales ruedas, de más de cinco metros de altura, redujo a pulpa el cuerpo de un colono que no había sido lo suficientemente rápido para quitarse del destructor camino de la máquina.

La explanadora destruyó media docena de edificios. De uno de ellos brotaron varios horribles gritos. Luego, la máquina desmandada siguió avanzando, hasta llegar al río, en el que se sumergió, con una gran oleada de espuma.

Pasados los primeros momentos de confusión, los colonos empezaron a prestar los primeros auxilios a los alcanzados por la máquina. Había un médico, pero pronto pudo ver que sus servicios ya no eran necesarios.

—Tres muertos, Sett —informó sombríamente.

—Es imposible que una máquina se ponga sola en marcha —dijo el joven, dominando a duras penas la ira que sentía—. ¿Dónde está el encargado de la explanadora?

—Aquí, señor —contestó un individuo sumamente afligido—. Le juro que nadie más que yo siente lo ocurrido; no sé cómo ese maldito artefacto pudo ponerse en marcha...

Sett miró fijamente al motorista. Se llamaba Diño Kittin y era uno de los que más pendencias habían provocado hasta el momento. Todas las disputas, sin embargo, habían sido verbales, hasta unos días antes, en que Kittin y otro se habían dado de golpes. Sett sospechaba que Kittin lo hacía a propósito, aunque no tenía la menor idea de sus fines.

—Me gustaría creerle, Diño —contestó—. Pero su descuido imperdonable ha costado, la vida a tres hombres, más unos daños de difícil y costosa reparación.

—Trabajaré lo que sea para pagar...

—Diño, si tuviera la seguridad de que lo que ha pasado es un sabotaje, se lo haría pagar bien caro —contestó Sett, a la vez que volvía la espalda al sujeto.

De pronto, se tropezó con Darthan.

—Ese tipo le ha mentado —dijo.

Sett miró fijamente a su interlocutor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Si me lo permite, dentro de cuarenta y ocho horas le tendré preparada una máquina de interrogar. Kittin no se dará cuenta y dirá si actuó o no intencionadamente.

—¿Está seguro de lo que dice, Darthan?

—Déme cuarenta y ocho horas —insistió el náufrago del espacio.

—Está bien. Avíseme cuando tenga todo listo.

—En sus oficinas. Necesitaré un cuarto...

—Hable con Amatista Gonadk. Ella le proporcionará lo que necesite.

—Gracias, Sett.

Darthan se marchó. Helyda, palidísima, se acercó al joven.

—Ese tipo te ha mentado. —¿Sí?

—Soy joven, pero he visto ya muchas cosas en este mundo. Apriétale las clavijas, Sett; si Dino no te ha mentado, yo soy una bruja. Acabo de llegar a S-Mon-10, como quien dice, y ya sé que juega unas partidas de naipes en las que los billetes abundan tanto como el aire. ¿De dónde ha sacado Diño tanto dinero? ¿No te lo imaginas, Sett?

—Demasiado —contestó él ceñudamente—, pero dentro de dos días tendremos las pruebas de su sinceridad o de su falsía.

—Si lo encuentras culpable, ¿qué le harás?

—Nombraré un tribunal para que lo juzgue. Puedo hacerlo,

Helyda.

Esta asintió.

—Estamos en pleno siglo XXIV, pero, de cuando en cuando, una buena ración de sogá a un forajido no está nunca de más —dijo sentenciosamente.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, llegó la respuesta del Honorable Consejo de Gobernadores de Berkus:

«Aceptada la propuesta sobre tratado de extradición, en los términos comunes establecidos por las leyes galácticas.»

—Esta es la nuestra, Amy —dijo Sett, muy satisfecho—. Presta oídos a lo que te voy a dictar.

—Adelante —invitó ella.

—«De Sett Lang y el Qrill, como propietarios y gobernadores del planeta S-Mon-10, al Honorable Consejo de Gobernadores de Berkus: Salud, hermanos, y paz y prosperidad. En virtud del acuerdo de extradición establecido entre ambos gobiernos, y con objeto de evitar, en lo posible, actos similares eh lo sucesivo, os encarecemos la captura de los tripulantes de la nave espacial número E-5-4481-III-N, a quienes se acusa del asesinato de los colonos de este planeta Ron Nirley y James Patton, prospectores mineros, así como de destrucción de enseres e invasión de morada ajena, en la cuantía que en su momento se detallará. La captura de los supuestos asesinos se verá facilitada por los registros de salida y llegada de astronaves en el astropuerto central de Berkus. Se adjuntan fotografías y pruebas suficientes de la estancia ilegal de la astronave mencionada en este planeta. Firmado, saludos, etc., etc..»

Amy despachó el mensaje. Al terminar, se volvió hacia el joven.

—Capturarán a los asesinos y te los traerán —dijo—. Pero ¿cómo probarás que tuvieron alguna relación con Shank?

Una sibilina sonrisa se formó en los labios de Sett.

—Hablarán, te lo aseguro —contestó evasivamente.

Amy supo así que Sett se había formado un plan para probar la intervención de Shank en aquel crimen, pero no quiso insistir para que el joven explicara algo que, por el momento, prefería guardar para sí. Ya lo sabría, se dijo, resignada.

Al día siguiente, Darthan fue en busca de Kittin.

—Ven conmigo —ordenó.

Kittin estaba limpiando su explanadora, que ya había sido extraída del lecho del río, y miró con recelo a Darthan.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Sett quiere hablarte, eso es todo.

Kittin se limpió las manos con un trapo, que tiró al suelo a continuación. Un tanto inquieto, siguió a Darthan, hasta llegar a la puerta posterior del edificio de oficinas.

—Entra por ahí. Sett está en su despacho —indicó Darthan.

Kittin se restregó las palmas de las manos contra los pantalones. Abrió la puerta, cruzó un pasillo largo de un par de metros, encontró otra puerta y pasó a un despacho.

Sett estaba detrás de una mesa y le miró fijamente.

—Kittin, contésteme —pidió—. ¿Provocó o no el accidente que costó la vida a tres colonos?

—Sí, señor.

—Reconoce que fue una acción intencionada.

—Sí, señor.

—Está bien. Como cogobernador de este planeta, le acusaré formalmente de asesinato y daños en las propiedades ajenas ante el tribunal que los colonos elijan para juzgarle.

Kittin se sentó en una silla. Las piernas se negaban a sostenerle.

—Yo..., yo no quería... —sollozó.

—Debió pensarlo antes de aceptar dinero de Shank Ku-Tar —dijo Sett, impasible—. ¡Darthan!—llamó.

El ex náufrago entró a los pocos instantes.

—El tribunal está formado ya —dijo.

—Muy bien. —Sett sacó la pistola solar—. Vamos allá, Kittin.

Darthan tuvo que llevar casi en brazos a Kittin. Afuera, en una explanada, a la sombra de un árbol, doce ceñudos colonos, formados en dos filas, aguardaban la llegada del acusado, del acusador y de su improvisado guardián.

Helyda y sus chicas formaban parte del grupo de espectadores. Otro de los colonos ejercía las funciones de juez.

Una hora más tarde, Sett volvió a la oficina. Amy no había querido estar presente en el juicio.

—Envía un mensaje, Amy —ordenó Sett—. Dirigido a Shank Ku-Tar.

Ella le miró, sorprendida, pero no formuló la menor objeción. Puso en marcha la máquina escritora y aguardó.

Sett dijo:

—«De Sett Lang y el Qrill, gobernadores de S-Mon-10, a Shank Ku-Tar: En el día de hoy ha sido juzgado, bajo la acusación de triple asesinato y daños a las propiedades, el individuo llamado Diño Kittin. El juez y el jurado se constituyeron legalmente. El acusado tuvo ocasión de defenderse. La sentencia fue de muerte y se ejecutó inmediatamente.»

Al terminar, Sett añadió:

—Si Shank no aprende esta dura lección, es que tiene ganas de suicidarse.

Amy hizo un gesto de asentimiento. Luego, preocupada, dijo:

—Sett, ¿cómo consiguió Darthan averiguar la verdad?

—Lo ignoro. Sólo puedo decirte que aseguró iba a instalar una máquina interrogadora, pero yo no vi nada en el pasillo posterior que conduce a mi despacho. ¿Y tú?

—Tampoco —contestó ella.

Hubo un momento de silencio. Luego, Sett hizo un esfuerzo por sonreír.

—Amy, ¿cuándo vas al hospital? —preguntó.

—Dentro de algunas semanas. Ya me avisarán, por eso no puedo darte la fecha exacta.

—Espero que todo salga bien, Amy.

—Así lo espero, Sett —contestó ella con voz neutra

Sí, le dejarían la pierna bien, pero... siempre sería una pierna artificial, pensó, con el ánimo rebosante de aflicción.

CAPITULO X

Darthan se negó a revelar el método empleado para arrancar la verdad a Kittin. No obstante, dijo que Sett podía pedirle ayuda siempre que quisiera. El joven se sintió tentado de solicitar el empleo de la máquina interrogadora, para, desenmascarar a posibles sospechosos, pero pensó en las protestas que ello podría causar entre los colonos honestos y desistió de su idea.

Las semanas fueron pasando. Los daños materiales fueron reparados. La cantina de Helyda tenía un éxito notable. Sett se había dado cuenta de que la antigua amiga de Shank parecía chiflada por

Darthan.

—Te gusta el ex náufrago —comentó, cierto día en que había entrado en la cantina para tomar un refresco.

—Estoy loca por él —aseguró Helyda sin el menor rubor.

—Pídele que se case contigo —sonrió el joven.

—Espera un poco todavía. Lang City tiene que crecer un poco más.

—¿Cómo has dicho? —exclamó él, atónito.

—Lang City. Hemos acordado dar tu nombre a la ciudad. Es corto, fácil de memorizar... y es un pequeño homenaje a un hombre que supo encontrar un mundo maravilloso. ¿Sabes?, estoy pensando en compartir los terrenos que me regalaste con Darthan, es decir, suponiendo que a él le guste la vida de granjero.

—¿Y a ti?

Helyda hizo un gesto ambiguo.

—Creo que si Darthan se casa conmigo, me gustará ser granjera —respondió—. Alguna vez es preciso establecerse en un sitio fijo, ¿no?

—¿Tanto has rodado por el mundo?

—Hombre... no demasiado, pero lo que no quiero es seguir rodando —contestó ella—. Aún soy joven y, no sé por qué, me parece que este planeta debe de prolongar la vida extraordinariamente. Es un mundo que se está construyendo y yo no querría permanecer ausente en su construcción.

—Te veo muy filosófica —comentó Sett.

—Realista —puntualizó Helyda—. Además, estando tú, sé que predominarán las gentes decentes. Y sólo en un lugar como S-Mon-10 podía encontrar una pareja para el futuro.

—Eso sí que es perspicacia. Te felicito, Helyda.

—Gracias, Sett. Por cierto, ¿cómo va tu asunto con Amatista Gonadk?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, extrañado.

—Sett, no te hagas de nuevas. Te comes a Amatista con los ojos... pero le falta una pierna. ¿Acaso eso te retiene de hacerla tu esposa? Por lo que yo sé, ella diría sí de inmediato...

—Helyda, basta, por favor —cortó él con voz crispada.

—Está bien, no quise molestarte. Perdóname, pero creo... ¡Sett!
—exclamó Helyda de repente.

—¿Qué pasa? —gruñó el joven, malhumorado.

—Vuélvete. Amatista está en la puerta.

Sett giró en redondo. Vio a la joven y avanzó hacia ella.

—¿Quieres tomar algo? —invitó. Amy hizo un gesto negativo.

—He venido a comunicarte algo importante —dijo—. He recibido un espaciograma del director de Orden de Berkus. Bajo escolta, te envían a los dos presuntos asesinos de los prospectores de Mesa Roja. —Amy consultó un papel que traía en la mano y agregó—: Sus nombres son Leo Halley y Wessy Morris.

—Está bien. ¿Cuándo llegan?

—Tardarán diez días, Sett.

—Tengo tiempo más que suficiente, Amy.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Necesito preparar lo necesario para que esos dos sujetos hablen y acusen a quienes les pagaron por asesinar a los prospectores.

—Ten cuidado, Sett.

—No te preocupes. Por cierto, ¿cuándo vas al hospital?

—En la nave que trae a los asesinos, vienen un médico para tomarme muestras orgánicas. Necesitan elaborar antes la fórmula del semiinjerto.

—Ya —murmuró él—. Si no te importa, iré contigo cuando vayan a operarte.

—No te molestes, Sett. Aquí tienes mejor distracción.

—Si te refieres a Helyda, debes saber que está chiflada por Darthan. No hace ni cinco minutos que me lo ha confesado.

—No te fíes de esa mujer. Era la fulana de Shank.

—¿Sospechas que ha podido llegar aquí para crearnos problemas? —preguntó, Sett, atónito.

—No, eso no es cierto —sonó de pronto la voz de Darthan.

Sett y Amy se volvieron al mismo tiempo. Darthan estaba en la puerta y sonreía, mientras tenía la vista fija en la hermosa Helyda.

—Los propósitos de Helyda son de una absoluta sinceridad —añadió el nombre, con un tono de voz que indicaba un absoluto convencimiento en sus creencias.

Darthan se alejó hacia el mostrador.

—Diríase que sabe penetrar en las mentes —murmuró la joven.

Sett asintió, un tanto preocupado. Darthan era un tipo estupendo, pero extraño, a veces, en su comportamiento. No obstante, y sin saber exactamente las causas, tenía en él una confianza ciega.

* * *

En el plazo señalado, llegaron los prisioneros, fuertemente escoltados. Mientras el médico se ocupaba de los análisis, Sett y Darthan se quedaron a solas con los acusados.

Halley y Morris parecían muy asustados. A pesar de todo, insistieron en negar su participación en las dos muertes.

—Ya hablarán —dijo Sett tranquilamente.

Morris y el otro continuaban esposados. Sett tenía la llave de las esposas y no los soltó.

—¿Vienes conmigo, Darthan? —preguntó.

—Sí, claro —contestó el interpelado.

El aeromóvil privado de Sett aguardaba a poca distancia. Momentos después, emprendía el vuelo, para tomar tierra cuatro horas más tarde en el centro del desierto del Qrill.

Halley y Morris fueron obligados a desembarcar. Asombrados, vieron una especie de cabaña hecha de sólida mampostería, con una diminuta ventana y una puerta de recia planta de metal.

—Cada semana, os traeremos siete raciones de pan y siete litros de agua —dijo Sett fríamente—. Dentro de vuestra cárcel, hay un transmisor de una sola onda y con la carga en su batería justa para hablar durante cinco minutos. Ahí permanecerán hasta que hablen.

Antes de que Morris y su compinche pudieran reaccionar, fueron encerrados en aquella cárcel, en cuyo interior reinaba un calor asfixiante. Por las noches, sin embargo, la temperatura bajaba rápidamente a niveles muy inferiores al del cero de la escala centígrada.

—Un poco duro, ¿no? —comentó Darthan.

—Quizá, pero prefiero este sistema a molerlos a palos para que hablen. Y, por otra parte, es preciso tener en cuenta que asesinaron a sangre fría a dos inocentes.

Darthan asintió. Ya se volvían hacia el aeromóvil, cuando, de súbito, se oyó un agudo grito:

—¡Lang! Espere, no se vaya —llamó Morris—. Queremos hablar con usted.

Sett giró en redondo.

—Sólo tienen que declarar una cosa, ya lo saben —contestó.

—Maldita sea... Queremos saber qué nos ocurrirá después de que le hayamos contado la verdad.

—Morris, no habrá tratos de ninguna clase mientras no hablen. Está suficientemente probado que ustedes dos eran los únicos tripulantes de la nave que aterrizó en el campamento de prospección de Mesa Roja. Mataron a los prospectores y se llevaron apuntes y muestras de sus análisis. Harto sabemos que no lo hicieron por propia iniciativa, sino que alguien les pagó por cometer esos repugnantes asesinatos. Mientras no hablen, repito, permanecerán ahí.

—¿Y después? —preguntó Halley.

Sett dio media vuelta. Morris le vio y lanzó un agudo chillido:

—¡Lang, fueron Shank y Niddus! Sett se volvió hacia Darthan.

—Son más blandos de lo que yo creía—dijo sonriendo. Sacó una llave del bolsillo y se acercó a la cárcel—. Van a saber lo que será de ustedes a partir de ahora. S-Mon-10 es un planeta tipo Tierra, con grandes extensiones de agua salada. Ya he elegido una isla desierta, con toda clase de recursos, donde permanecerán el resto de sus días, sin más armas ni herramientas que sus manos. A menos, claro está, que prefieran una soga, como sucedió con Kittin.

—¡Rayos, no! —aulló Halley—. ¡La isla desierta, Sett Lang!

—Está bien, ustedes mismos han elegido su condena.

Sett y Darthan regresaron a la ciudad al día siguiente. Amy les recibió bastante animada.

—El médico me ha dado muchas esperanzas —dijo—. Nadie que no lo sepa, podrá creer jamás que tengo una pierna artificial.

—Eso es estupendo —contestó Sett—. Y, ¿cuándo...?

—Es preciso esperar al resultado de los análisis y, consiguientemente, a la preparación de la mezcla cuasiorgánica que servirá para la construcción del miembro artificial. Unas seis semanas, quizá menos. Luego vendrá la operación, convalecencia, ejercicios de recuperación...

—Y el alta definitiva.

—Sí —contestó ella, con ojos muy brillantes.

Sett se inclinó para besarla en una mejilla.

—Ese día habrá una gran fiesta —prometió.

Amy se ruborizó intensamente. Sett continuó:

—Y ahora, por favor, toma nota para un mensaje, dirigido al Consejo de Gobernadores de Berkus. Después de los saludos pertinentes, deberás comunicarles que los cogobernadores de S-Mon-10 han acordado negar para siempre la entrada en este planeta a

los individuos llamados Ulysses Niddus y Shank Ku-Tar, así como a todos cuantos estén relacionados con ellos o sean sus empleados; e igualmente se prohibirá negociar con ellos a toda compañía comercial que tenga relaciones comerciales con cualquier empresa instalada en la superficie de S-Mon-10. Añade, además, que toda empresa que tenga relación con ellos, deberá suspender sus tratos en el acto, si quiere tenerlos con nosotros. ¿Has entendido?

—Sí, perfectamente. —Amy se echó a reír—. Esa pareja van a hervir de rabia cuando conozcan la noticia.

—Eso es, precisamente, lo que quiero —contestó él duramente.

* * *

La mano de Shank Ku-Tar estrujó furiosamente el documento que le acababa de ser entregado por un mensajero del Consejo de Gobernadores de Berkus.

—Quieren bloquearnos, rendirnos por hambre...

—Sí —admitió Niddus, impasible.

—¿Vamos a permitir que nos arrebaten el mejor negocio que se nos ha presentado en los días de nuestra vida?

—Usted es muy listo, Shank. ¿No dijo que tenía todo previsto?

—Es cierto, pero...

—Hasta ahora, ha fracasado, reconozcámoslo y seamos sinceros. Pero, ¿no dijo también que, en último extremo, tenía una baza absolutamente segura?

—Sí, desde luego. Kittin fue ahorcado y Morris y Halley han sido condenados a destierro perpetuo en la isla que ya llaman de los Prisioneros. Pero lo que Sett Lang ignora es que todavía tengo cuatro hombres de absoluta confianza en S-Mon-10. Uno de ellos, por si fuera poco, con notables conocimientos de medicina. No llegó a graduarse, porque envenenó a un paciente y, aunque no se le pudo probar, se le consideró lo suficientemente sospechoso como para no otorgarle el diploma.

—¿Y...?

—Ese casi médico se llama Hert Yabor. Mañana mismo recibirá un mensaje con instrucciones.

—¿Un espaciograma? Puede resultar peligroso —objetó Niddus.

—No. Ya convinimos una clave de antemano. Por otra parte, estoy seguro de que Sett cree que ya no tengo allí a ninguno de mis hombres. Eso le hará relajar la vigilancia.

—Muy bien, pero, ¿qué hará Set cuando le llegue el momento de reaccionar? Shank se echó a reír.

—Sólo reaccionará en una dirección, general —contestó.

—Shank, ¿por qué no habla claro de una vez?

—Con mucho gusto.

Niddus escuchó atentamente a su interlocutor. Al terminar, dijo:

—El plan me parece bueno, pero con un pequeño fallo.

—¿Qué fallo, general?

—Tenemos que estar presentes allí para cuando... reaccione Sett. Es algo como estar presente en la recolección de la fruta, no sé si entenderá la metáfora.

Shank lanzó otra carcajada.

—La metáfora es perfectamente inteligible, general —contestó.

Se levantó de su sillón, fue hacia una mesita auxiliar y llenó dos copas. Una de ellas fue a parar a la mano de Niddus. Shank levantó su copa:

—Brindo por el nuevo cogobernador de S-Mon-10 —exclamó.

—Usted será el otro, claro.

—Sí, general. ¿Alguna objeción?

—No, ninguna, querido consocio.

—Cogobernador, general, no lo olvide —dijo Shank.

De pronto, se volvió y tendió la vista hacia la ventana, mirando al cielo.

—¡S-Mon-10, ya eres nuestro! —exclamó.

CAPITULO XI

—Estoy preocupada —dijo Amy.

—¿Por qué? —preguntó Sett, sin quitar los ojos de unos documentos que estudiaba desde hacía un buen rato.

—Toma, lee —indicó ella, a la vez que le tendía un papel—. Llegó hace algunos días y fue recogido por la receptora de espaciogramas. Se lo entregué al destinatario, pero me quedé una copia. Me pareció demasiado largo para una simple carta amistosa.

Sett leyó el mensaje y se sintió también preocupado.

—¿Conoces al destinatario? —preguntó, al terminar la lectura.

—Sé que Yabor ha solicitado en el almacén de pertrechos algunas medicinas, entre ellas una pequeña dosis de anestésicos. El encargado se lo negó, porque no traía la receta del doctor Farjolin.

—Entiendo. Pero ¿por qué diablos fue Yabor a pedir medicinas?

—Tengo entendido que iba a ser médico, pero dejó los estudios. Eso es todo lo que sé por ahora, Sett. Pero el comportamiento de Yabor, no puedo evitarlo, me preocupa.

—¿Intuición femenina? —sonrió él.

—Llámallo como quieras, Sett. No puedo evitar sentirme muy aprensiva —dijo Amy.

Sett reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Vigilaremos a Yabor discretamente, no te preocupes más.

—Como quieras, Sett, pero ten en cuenta una cosa: Shank es de la clase de tipos que no abandonan jamás un proyecto, por mucho que les cueste, porque sostiene la teoría de que, al final, a su rival le costará más. ¿Has oído hablar de los kxellies?

—¿Los perros de S-Mon-10? —preguntó él, asombrado.

—Sí. No hay en esta región, pero eso no importa. Los kxellies mueren antes que soltar la presa que sujetan con los dientes. Por otra parte, no atacan a los humanos y sólo lo hacen cuando necesitan comida.

—Sabes mucho de los kxellies —sonrió Sett.

—Lo comenté hace días con el doctor Layatto, el biólogo. Está tratando de domesticar a una pareja de kxellies, a fin de convertirlos en perros pacíficos. Layatto dice que no atacan a los humanos..., aunque no sé qué pasaría si tuvieran hambre. Cuando un animal necesita comida, la busca dondequiera que esté.

—Sí, es cierto.

—Pues bien, yo comparo a Shank con un kxelli —dijo Amy—. Ha mordido desde que empezó conmigo y no soltará su presa jamás.

—Yo haré que la suelte, te lo aseguro —contestó Sett, ceñudamente.

Dejó los papeles a un lado y se levantó, encaminándose hacia la cantina de Helyda. La mujer le recibió con la simpatía y el afecto de costumbre.

—Tengo que pedirte algo —dijo él.

—Lo que quieras —accedió Helyda—. ¿Sucedé algo grave?

—Puede suceder. ¿Conoces tú a un tipo llamado Hert Yabor?

—Sí, un sujeto excelente, aunque se cuentan de él cosas poco agradables, Sett. Pero eso fue en el pasado y aquí la gente viene a buscar un futuro. Si rechazases a todos los que tienen un pasado más o menos oscuro, te quedarías casi solo. Yo también tendría que marcharme...

—Tú has venido a forjarte un porvenir sin causar mal a nadie. No se puede decir lo mismo de Yabor, Helyda.

—¿Qué he de hacer, Sett? —Helyda había entendido desde el primer momento las intenciones del joven.

—Vigílalo. Averigua cuanto puedas de él. Discretamente, claro.

—Haré lo que pueda, Sett.

—Gracias, Helyda. Amy sostiene la teoría de que Shank es como una especie de kxelli. Ha mordido la presa y ya no la soltará.

—Hasta que le rebanen el pescuezo.

Sett hizo un encogimiento de hombros.

—No me gustaría tener que llegar a ese extremo —contestó.

—Será inevitable —vaticinó Helyda— Llegué a conocer bien a Shank. Lo único voluble en él es su afición a las mujeres. Lo digo por experiencia; no le gusta tener demasiado tiempo a su lado a una misma mujer.

—Al menos, será generoso.

—No lo creas. Arriesgué en este negocio todo mi capital. Si me voy a la granja, tendré que venderlo y emplear el dinero que me den en la compra de aperos y demás.

—Tendrás al lado a una buena pareja —sonrió él.

Helyda lanzó un suspiro, que dilató su generoso pecho.

—Todavía no se ha decidido y, mira, en eso soy un poco anticuada; me gustaría que fuese él quien hablase de matrimonio. Le diría que sí en el acto, claro..., pero si no da el primer paso, tendré

que hacerlo yo.

Sett palmeó suavemente la mejilla de la joven.

—Darthan es el mejor hombre que podrías haber encontrado —elogió.

Sett abandonó la taberna. Lentamente, regresó al edificio donde, además de las oficinas, tenía su alojamiento.

Estaba en un lugar algo elevado. Desde allí se divisaba un esplendoroso panorama. Sintióse orgulloso. No era el hecho de saber que, prácticamente, toda la superficie sólida del planeta le pertenecía, sino que pensaba que había encontrado un lugar donde vivir y establecerse definitivamente.

Pero estaba solo. ¿No encontraría nunca la pareja adecuada?

Pensó en Amy.

Tal vez, cuando ella volviese del hospital...

* * *

Seguido de dos de sus compinches, Hert Yabor caminó cautelosamente hasta alcanzar la trasera del edificio donde se alojaba Amy. Uno de los componentes del trío llevaba una bolsa con las herramientas necesarias para descerrajar las puertas.

El hombre empezó a trabajar de inmediato. De repente, se oyeron pasos en las inmediaciones.

—Cuidado —siseó Yabor.

El tercero saltó hacia la esquina. Cuando el hombre que se acercaba giró para dar la vuelta, le atacó despiadadamente, golpeándole en la frente con una gruesa estaca que había llevado a prevención.

El hombre se desplomó fulminado.

—Listos —anunció el atacante.

La puerta estaba ya abierta. Yabor y uno de sus compinches se precipitaron en el interior del edificio. Segundos después, irrumpían en el dormitorio de Amy.

La joven estaba sumida en un plácido sueño. Su sorpresa fue enorme al notar que alguien le ponía un trapo en la boca.

Amy ya no pudo gritar. Sus manos fueron atadas rápidamente a lo largo del cuerpo. Instantes después, se sintió izada en vilo.

Dos hombres la transportaron con toda facilidad. Uno de ellos, cuando iban a descender ya por la escalera que conducía a la planta baja, sacó algo del bolsillo y lo tiró al pie de una puerta.

Era una carta. Sett dormía, al otro lado de la puerta.

Minutos más tarde, un aeromóvil, con cinco tripulantes a bordo, se elevaba raudamente, alejándose de la colonia a toda velocidad y a favor de las tinieblas nocturnas.

* * *

Envuelto el opulento cuerpo en una bata, Helyda vendaba la cabeza de Darthan, quien, sentado en una silla, parecía muy abatido. Estaban los dos en el dormitorio de la primera y ella, sobre todo, aparecía muy furiosa.

—Te descuidaste demasiado —dijo—. Hay en Lang City gente que trabaja en la sombra para ese maldito Shank...

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente. Sett entró, portador de un papel en la mano izquierda.

—Hola —dijo—. Me he enterado de que Darthan ha sido atacado...

—Por fortuna, tiene la frente como el granito —rió Helyda—. Pero ha recibido un buen porrazo.

—No sé cómo pude dejarme sorprender —manifestó Darthan—. Claro que estaba demasiado concentrado en mis pensamientos...

—¿Dónde te atacaron, Darthan? —quiso saber Sett.

—Al doblar la esquina este de tu casa. Faltaba un par de horas para el amanecer. No tenía sueño, así que decidí darme unas vueltas para ver si estaba todo en orden. Pero me distraje y por eso no vi nada, hasta que fue demasiado tarde. Unos hombres me vieron más tarde y me trajeron aquí, eso es todo, Sett. Lo siento, créeme.

—No te preocupes, no ha sido culpa tuya. Pero el ataque no ha sido casual.

—¿Cómo?—exclamó Helyda—. ¿Quieres decir que le atacaron intencionadamente?

—En cierto modo. Amy ha sido secuestrada. Darthan podía haberlo impedido, con su inesperada presencia, cuando los raptos se disponían a entrar en la casa, y por ello le golpearon.

—¡Oh, no, no! —gimió Helyda—. Raptar a esa pobre chica, inválida...

—¿Con qué objeto? —preguntó Darthan.

—He encontrado este mensaje en la puerta de mi dormitorio —dijo Sett—. Ni siquiera me enteré de lo ocurrido, hasta que, después de levantarme, abrí la puerta y lo encontré tirado en el suelo, al pie de la entrada. No hay duda, se trata de un secuestro en toda regla.

—Inspirado por ese bribón de Shank —dijo Helyda, furiosa.

Darthan extendió una mano. —Dame la carta, por favor —pidió. Sett le entregó el mensaje. Después de una primera lectura silenciosa, Darthan releyó el mensaje en voz alta: —«No intenten rescatar a Amatista Gonadk. A su debido tiempo se les informará de las condiciones en que debe ser devuelta. Repetimos: no intenten rescatarla o morirá.»

—¿Nada más? —preguntó Helyda, cuando Darthan hubo acabado la lectura.

—¿Te parece poco? —gruñó Sett—. Está clarísimo.

—Pues yo no lo veo tan claro. ¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? Aquí, por ahora, sirve de muy poco...

—Helyda, piensa —dijo el joven—. Los raptos cobrarán una

buena suma por su trabajo, pero no en S-Mon-10, sino en Berkus.

—¿Crees que se la han llevado allí?

—Tal vez no ha llegado aún la nave que debe venir a llevársela. Pero Amy y sus raptos deben de estar ya en el sitio donde aterrizará esa nave. Y entonces, yo conoceré las condiciones del rescate, aunque ya me las imagino de sobra.

—¿Qué condiciones, Sett? —preguntó Darthan.

—La propiedad de S-Mon-10 a cambio de la vida de Amy.

Helyda lanzó una explosiva interjección.

—Pero falta que el Qrill apruebe ese trato —dijo.

—Oh, le dejarán en la zona elegida para su residencia y no le molestarán siquiera. ¿Para qué, si, aun así, les restan más de cien millones de kilómetros cuadrados de propiedad?

—Al Qrill no le gustan los forajidos —murmuró Helyda.

—Shank no es tonto. Ya habrá ideado algún plan para conseguir la aprobación del Qrill.

—O para destruirlo, Sett. Es un ser muy poderoso, pero ¿podría resistir la explosión de una bomba atómica, aunque fuese de pequeña potencia? A esos tipos no les importaría contaminar una zona de varios millones de kilómetros cuadrados; como has dicho antes, aún sobran tierras en S-Mon-10, aparte de que, incluso, podrían emplear una bomba atómica «limpia», es decir, que no dejase residuos radiactivos.

Sett recuperó el mensaje y lo guardó en un bolsillo.

—Como sea, no voy a permanecer con los brazos cruzados, mientras Amy permanece en poder de esos forajidos —dijo rabiosamente.

De pronto, Darthan levantó una mano.

—¡Aguarda, Sett, por favor, no te precipites!

El joven miró a Darthan, quien ya se ponía en pie.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea? —preguntó.

—Sí. Espera un poco, veinticuatro horas al menos. Si para entonces no he conseguido nada, te ayudaré a buscar a Amy.

—¿Cuál es tu plan, Darthan?

El aludido sonrió de un modo extraño.

—Espera veinticuatro horas —insistió.

Sett miró un instante a Helyda. Ella movió la cabeza varias veces.

—Confía en él —dijo.

CAPITULO XII

El aeromóvil tomó tierra en un lugar muy agreste y, al mismo tiempo, de gran belleza paisajística. Yabor y sus tres compinches establecieron su campamento al pie de un farallón de roca y no lejos de un riachuelo de rápida corriente. Después de los primeros trabajos, Yabor consultó su reloj de tiempo universal.

—Llegarán aquí antes de veinticuatro horas —dijo.

—¿Con la «pasta»? —preguntó uno de los raptos.

—Seguro. Si no es así, no les entregaré a la chica.

—Lang es un tipo peligroso, Hert. Si averigua nuestro

escondite...

—No nos encontrará —rió Yabor—. Y ahora, hay que traer a la prisionera —ordenó.

Dos de los secuaces fueron al aeromóvil e hicieron bajar a la joven. Amy vestía solamente el pijama que tenía puesto cuando fue sorprendida en pleno sueño. Ni siquiera estaba calzada.

—Oye, pues es guapa de veras —dijo uno de los sujetos.

—Bah, le falta una pierna —contestó otro despectivamente.

—Si le falta, no se le nota. Yo me quedaría con ella...

—Basta —cortó Yabor—: No la hemos traído aquí para comentar su hermosura.

—Es lo que me gustaría saber —dijo Amy—. ¿Para qué me han traído aquí?

—Lo sabrá en seguida. ¡Sujetadla!

Cuatro manos asieron de nuevo a la joven y la inmovilizaron en el acto. Yabor sacó unas tijeras y cortó los pantalones del pijama casi a ras de las caderas. Luego con aire profesional, examinó la pierna izquierda de la joven.

—Será fácil —dijo al cabo.

—¿Por qué no habla de una vez? —exclamó Amy.

—Se lo diré ahora mismo. Usted va a ir pronto a Berkus, donde le harán una implantación de una pierna nueva, con mecanismos conectados a su sistema nervioso.

—Sí, es cierto...

—Lo siento, esa operación no se realizará. Amy se puso pálida.

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo? —gritó.

—Simplemente, seccionarle unos cuantos nervios. No morirá, pero su invalidez será perpetua.

—Usted no puede hacer éso...

—Me pagan por hacerlo, precisamente —contestó Yabor fríamente—. Romany, Sanders, traed las cajas marcadas con el rótulo de víveres de supervivencia. Quiero empezar a trabajar lo antes posible.

Sanders frunció el ceño.

—¿Es cierto que le vas a hacer a esta chica...?

—Sí. Y te pagan por obedecer, no por hacer preguntas. ¡Vamos, al trabajo! —exclamó Yabor malhumoradamente.

Una hora más tarde, habían montado una tienda transparente, cuyo interior esterilizó Yabor por medio de un aparato que producía una atmósfera completamente limpia de gérmenes. Amy, ya anestesiada, yacía sobre una mesa de operaciones.

Yabor empezó a trabajar de inmediato. Al anochecer, pudo dar la operación por terminada.

Sanders emitió un gruñido.

—Eso no me gusta en absoluto —protestó—. Es una canallada...

—Cierra el pico —dijo Yabor de mal talante—. Cuando recibas tu parte, te olvidarás para siempre de esa chica.

—Creo que no, Hert.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Es una canallada y pienso avisar a Lang...

—Tú no avisarás a nadie, maldito —dijo Yabor, a la vez que sacaba su pistola solar.

Instantes después, Sanders era sólo un montoncito de carne carbonizada. Con la pistola todavía en la mano, Yabor miró desafiante a los otros dos.

—Su parte, para vosotros —dijo.

Romany y el otro se encogieron de hombros.

—Está bien —contestaron casi a dúo.

Amy despertó, sintiendo un difuso dolor en la pierna izquierda. Abrió los ojos y, a la luz del primer satélite de S-Mon-10 pudo ver que le faltaba el miembro artificial.

El resto de la pierna, hasta la cadera, quedaba cubierto por recios vendajes. Lágrimas de dolor brotaron de sus ojos, pero no era el dolor físico lo que la hacía llorar.

El campamento estaba en silencio. Desesperada, Amy abandonó la mesa que ahora era cama de convaleciente. Cayó al suelo y se hizo daño, pero no gritó ni hizo el menor ruido.

Lentamente, se arrastró por el suelo. Ahora era ya una inválida para siempre. Hasta aquel momento, había abrigado la esperanza de vivir una existencia normal.» Incluso había pensado con agrado en el futuro... junto a Sett, pero era algo que debía ya desechar de su mente.

Poco a poco, se separó del campamento, ayudándose con las manos y la pierna sana. El satélite se ocultó casi de pronto y la oscuridad cayó sobre ella.

Siguió arrastrándose. El tiempo había perdido todo significado para ella. Ni siquiera hubiera podido decir cuánto hacía que había abandonado el campamento. De súbito, sintió que le fallaba el suelo.

Rodó por una pendiente muy pronunciada. Casi sintió alivio al darse cuenta de que iba a morir. De pronto, su cabeza chocó contra algo muy duro y perdió el conocimiento.

El aeromóvil volaba raudamente. Sett, en el puesto del piloto, seguía fielmente las indicaciones de Darthan.

—Pero ¿estás seguro de que llevamos el buen camino? —preguntó, después de un par de horas de vuelo.

Darthan hizo un gesto de asentimiento.

—Sigue —dijo, lacónico.

Sett se preguntó cómo era posible que Darthan hubiese localizado a Amy con tanta rapidez. Sin embargo, algo le hacía confiar en aquel hombre. Era un sentimiento difuso, indefinible. No sabía exactamente las causas, pero Darthan le inspiraba una tranquilidad y una confianza absolutas.

De repente, Darthan exclamó:

—Estamos llegando. Vuela a ras del suelo y reduce la velocidad.

—De acuerdo.

En aquel momento, dos hombres llegaban a un campamento, en donde reinaba el más absoluto desconcierto.

—¿Qué ha pasado? —gritó Shank—. ¿Dónde está Amatista?

Yabor se sentía furioso.

—No lo sé —contestó—. La dejé dormida ahí —señaló a la mesa de operaciones—. Quizá, inconsciente aún, se marchó...

—Pero ¿no le habías seccionado los nervios?—gritó Shank descompuestamente.

—Claro que sí —dijo Yabor malhumoradamente—. No sé cómo pudo escapar, se lo aseguro.

Niddus dirigió a Shank una mirada despreciativa.

—¿Este era el hombre que arreglaría todo? —preguntó.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que haya fallado?

—No sé de quién diablos será la culpa, pero el caso es que hemos perdido a la chica. ¿Cómo encontrarla de nuevo?

—¿No tienen un detector orgánico en su nave? —sugirió Yabor—. Eso nos permitiría localizarla... —Sí, tengo un detector —dijo Shank. —Romany, ve a buscarlo —ordenó Yabor.

—Está bien —contestó el aludido.

Romany echó a andar de inmediato. Mientras, Shank hacía una pregunta a Yabor.

—Sí, le dejé el mensaje. Ahora falta la segunda parte —contestó Yabor.

—Yo me encargaré de eso, pero antes tenemos que encontrar a Amy. General, ¿tiene listos todos los documentos? —preguntó Shank.

—Desde luego, pero mientras Sett Lang no aparezca...

Romany dio la vuelta al farallón rocoso. Al otro lado, estaba la nave en que habían llegado Shank y Niddus.

Pero antes de que llegase a la nave, vio surgir una pistola solar, cuyo cañón se apoyó en su estómago.

—Silencio, ni una sola palabra o eres hombre muerto —dijo Sett.

Romany alzó las manos inmediatamente. Aterrado, se vio ya haciendo compañía a Halley y Morris en la isla de los Prisioneros.

Momentos después, yacía en el suelo, sólidamente atado y amordazado. Sett movió una mano.

—Sigamos, Darthan.

Los dos hombres avanzaron con gran cautela. No tardaron en avistar el campamento, oculto entre el espeso follaje de la zona.

Había cuatro hombres en aquel lugar. Sett y Darthan irrumpieron bruscamente.

—Será mejor que levanten las manos o dispararé a matar —gritó el joven.

La sorpresa de los cuatro individuos fue total. Shank obedeció, con la furia retratada en sus facciones.

—Lang —masculló.

—¿Dónde está Amy? —gritó Sett—. Si ha sufrido el menor daño...

—Está bien —dijo Darthan sorprendentemente. Niddus empezó a moverse.

—Quieto, general —ordenó Sett—. Usted aquí no es nadie, sino un sujeto expuesto a convertirse en carbón. Deje caer esa cartera al suelo en el acto.

Niddus obedeció. Su furia no era menor que la de Shank.

—Darthan, ¿cómo sabes que Amy está bien? —preguntó Sett, sin dejar de vigilar a los prisioneros.

—Mírala, allí viene.

Sett volvió la cabeza un segundo.

Un grito de sorpresa brotó de sus labios. Amy avanzaba hacia el campamento, con la mirada ausente, el pelo revuelto y los pies descalzos, pisando la fresca hierba del suelo. Vestía un pijama casi completamente desgarrado y al que faltaban las perneras en el pantalón.

Pero las extremidades de la joven aparecían absolutamente normales.

La pierna izquierda se veía completamente sana, como si jamás hubiera sufrido una horrible amputación. El color de la epidermis era normal y no se advertía la menor dificultad en sus movimientos musculares.

Yabor sintió que sus ojos se salían de las órbitas.

—Es imposible..., imposible —balbució.

De repente, Sett percibió un movimiento a su izquierda. El instinto le hizo disparar casi sin tomar puntería.

El disparo paralizó la acción de Shank, alcanzándole cuando ya tenía su pistola solar casi fuera de la funda. Niddus, Yabor y el otro sujeto saltaron instintivamente hacia atrás.

Instantes después, Shank era sólo un pequeño montoncito de materia ennegrecida. Amy se detuvo a unos pasos, y miró atónita a su alrededor, como si empezase a salir de una pesadilla.

—Vigílalos, Darthan —ordenó Sett.

—No es necesario —contestó el interpelado—. No se moverán.

Sett no hizo caso de aquellas palabras por el momento. Corrió hacia Amy y la agarró por los hombros.

—¡Amy! ¿De dónde sales? —preguntó.

—Me escapé... Caí por un precipicio y pensé que moriría... Estuve mucho tiempo inconsciente... Creo que soñé... Estaba en un quirófano y me colocaban una pierna nueva... de carne y hueso auténticos... Pero no es más que un sueño...

—Es la pura verdad —rió Darthan.

Sett retrocedió dos pasos y contempló el miembro nuevo de la joven.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó, terriblemente desconcertado.

—Lo hemos hecho nosotros —dijo Darthan—. Cada uno de nosotros prestó un minúsculo trocito de materia orgánica, para componer de nuevo el miembro que Amy había perdido y también para reparar los estragos que un indeseable causó con su bisturí, sólo para satisfacer su odio personal.

Sett empezó a comprender la verdad. Lentamente, se volvió hacia Darthan y le miró en silencio durante unos segundos.

—Sí —confirmó Darthan—, yo soy uno de los Qrill.

En un instante, Sett supo cómo Darthan le había sabido guiar hasta el sitio donde estaba Amy con tanta seguridad. Sólo un ser de excepcionales poderes físicos y psíquicos podía actuar de una forma semejante.

De pronto, Darthan extendió una mano.

—Vayan al aeromóvil, elévense y diríjanse a la isla de los Prisioneros, donde permanecerán para siempre —decretó—. Una vez que el aparato haya aterrizado, lo harán elevarse por medio del piloto automático, fijando el rumbo para su regreso de vacío a Lang City. Niddus, si quería este planeta, vivirá en él durante el resto de sus días, pero apartado para siempre de las personas decentes.

Niddus y los otros dos obedecieron sin replicar. Sett se dio cuenta de que estaban bajo el influjo de la poderosa mente de Darthan.

—Nunca creí... —dijo, a la vez que se pasaba una mano por la frente—. De modo que ya fuiste a Mesa Roja para...

—Para unirme a vosotros —sonrió Darthan.

—Con forma humana.

—Sí. Me gusta. Los Qrill somos libres de romper nuestra unión y tomar la forma que nos agrade. Yo me quedaré siendo Darthan para siempre.

—Me parece un sueño —murmuró Sett.

Darthan se echó a reír.

—¿Consideras a Amy como un sueño? —exclamó. Sett pasó un brazo por la cintura de la joven. —Esto es una maravillosa realidad —dijo. Amy suspiró largamente y apoyó la cabeza en el hombro de Sett.

—Nunca acabaré de creérmelo —murmuró.

Movió la pierna izquierda varias veces, realizando ejercicios de flexión y de movimiento de los dedos del pie.

—Es como si nunca me hubiera pasado nada...

—Darthan, ¿cómo podemos darte las gracias? —preguntó Sett.

El ex náufrago se encogió de hombros.

—Somos amigos —contestó—. Hicimos un trato mucho tiempo antes. Tú has sido siempre escrupuloso y honesto. Es lo único que necesitábamos.

—Pero... los demás Qrill...

—Se cansaron del desierto —rió Darthan—. Aquel vaso de agua fresca les abrió los ojos, si se puede hablar de esa manera. Ahora están en un valle cercano, mucho más agradable que aquella espantosa zona calcinada por el sol.

—Y... ¿y siempre seguirás con esa forma? —preguntó Amy.

—Sí, siempre.

—Pero los Qrill pueden vivir miles de años...

—Cuando uno decide abandonar su forma de Qrill y toma otra, vive y se comporta de acuerdo con la nueva forma adoptada. Más de uno de nosotros quiso vivir la existencia de un animal de los muchos que pueblan S-Mon-10. Ninguno lo ha lamentado, créeme.

—Y tú lo hiciste por ayudarme —dijo Sett.

Darthan sonrió.

—Tenía curiosidad por saber qué se siente cuando uno se empareja con un humano-terrestre —contestó.

—Helyda, por ejemplo —dijo el joven maliciosamente.

—Así es.

—¿Lo sabe ella? —preguntó Amy.

—Ya lo sabe y me pidió que os ayudara. Cuando volvamos, me emparejaré... perdón, me casaré con Helyda.

Sett atrajo a la joven hacia su pecho.

—Y tú y yo también nos casaremos —exclamó.

Amy volvió a suspirar.

—Mientras viva, creeré haber soñado todo lo que ha pasado —dijo.

De pronto, Sett se fijó en la cartera de mano que yacía en el suelo. Sacó la pistola solar y disparó una vez.

—Las ambiciones de Shank ya no son más que humo

—dijo, aludiendo a los documentos que había quemado y que debía haber firmado, si quería salvar la vida de Amy.

Pero ahora ya estaban juntos y esta vez para siempre. S-Mon-10 era un desafío para ellos; había una enorme cantidad de trabajo que realizar y lo harían con fe, con amor y con entusiasmo, porque el planeta sería para ellos, para Darthán, para Helyda y para todos los de rectos sentimientos, un nuevo Edén.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Anuncia a sus lectores la
aparición, en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

de las novelas de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso, maestro
Indiscutible del género Oeste, cuyas obras

**SE PUBLICARAN EN PRIMERA EDICION
A PARTIR DEL PROXIMO MES DE AGOSTO**

en los volúmenes de las colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR